

PIGAFETTA, ANTONIO (ca. 1490-ca. 1534)

PRIMER VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO

Relación del primer viaje alrededor del mundo. Noticias del mundo nuevo con las figuras de los países que se descubrieron señalados

Al Ilustrísimo y Excelentísimo Señor Filippo Villers Lisleadam Íncrito gran maestre de Rodas y su observantísimo señor

INDICE:

CAPITULO I
CAPITULO II
CAPITULO III
CAPITULO IV

CAPÍTULO I

Como son muchos los curiosos, Ilustrísimo y Excelentísimo Señor, que no se contentan sólo con saber y entender las grandes y admirables cosas que Dios me ha concedido ver o sufrir en la mi luego escrita, larga y peligrosa navegación, sino que quieren conocer aún los medios y modos y caminos porque conseguí solventarla --no prestando aquella fe absoluta al éxito sin certidumbre muy declarada de su ruta--, por tanto, sabrá Vuestra Señoría Ilustrísima que, topándome en el año de la Natividad de Nuestro Salvador de 1519, en España, en la corte del Serenísimo Rey de Romanos, con el reverendo Monseñor Francesco Chierogato, a la sazón pronotario apostólico y orador de la santa memoria del Papa León X --el cual, aquél, fue elevado más tarde por su virtud al episcopado de Aprutino y principado de Téramo--, y habiéndome sobrado a mí las noticias, a través de muchos libros leídos y diversas personas que con su Señoría solían platicar de las grandes y estupendas cosas del Mar Océano, determiné, con amable licencia de la Majestad cesárea, y del antepuesto mi señor, de experimentar el ir en busca de tales cosas: así pudiesen proporcionarme a mí mismo satisfacción y me alumbraran también renombre en la posteridad.

Llegándome a oídos que estaba aprestada en tal hora una escuadra junto a la ciudad de Sevilla --y de cinco naves-- para marchar tras el descubrimiento de las especias en la isla de Maluco, de la que era capitán general Ferando de Magaglianes (sic), gentilhombre portugués, comendador, con muchas y diversas guisas y naves, del Mar Océano, partime

con muchas cartas de recomendación desde la ciudad de Barcelona, donde paraba Su Majestad entonces, y llegué embarcado a Málaga. De allí, optando por el camino de tierra, alcanzaba la de Sevilla; y, tras cerca de tres meses de aguardar que dicha flota anduviese en orden de partida, por fin, como bien claro preverá Vuestra Señoría en este punto, iniciamos, con felicísimos auspicios, nuestra navegación. Y, ya que durante mis jornadas en Italia, posteriores, cuando, en busca de la Santidad del Papa Clemente, Vuestra Gracia, en Monteroso, mostrose asaz benigna y humana, hasta advertirme que le sería grato que copiase yo todas aquellas cosas que vi y pasé en navegación --aunque bien poco cómodas me fueron--, no podía por menos, en fin, pese a la debilidad de mis fuerzas, de intentar complacerle.

Y, así, le ofrezco, en este librito mío, todas mis vigiliyas, fatigas y peregrinaciones: rogándole, cuando le vague en su solícito gobierno rodiense, que se abaje a recorrerlas. Con lo cual me vanagloriaré de no poco remunerado por su Señoría ilustrísima, a cuya magnanimidad me doy y recomiendo.

Habiendo determinado el capitán general emprender una tan larga navegación por el Mar Océano, que habitan vientos impetuosos y caprichosos azares, y con voluntad de que ignorase el destino toda su gente, para que a nadie aterrara el emprender tan grande y estupenda cosa como luego obtuvo por auxilio de Dios (sus capitanes, tan próximos a él, le aborrecían; ignoro el porqué, salvo porque fuese portugués y ellos españoles); queriendo, en fin, cumplir lo que ofreció bajo juramento al Emperador Don Carlos, rey de España, y con el propósito de que ni ninguna eventualidad, ni la noche, consiguiesen desunir a cualquier nave de las otras, dictó esta orden a todos los pilotos y oficiales de su flota. Cuya orden era:

Su nao capitana debía ir, de noche, siempre ante las demás; quienes la seguirían merced a una pequeña antorcha de leña, llamada "farol", pendiente a perpetuidad de la popa de su barco. Esta señal servía para el inmediato.

Obteníase otro fuego con una linterna o con un cabo de cuerda de junco, que la llaman strengue, o de esparto, con muchas horas ya bajo el agua y secado después al sol o al humo; para el caso, óptimo. Con otro fuego exacto a éste como señal, debían responderle, para que él supiera que seguían todos. Si, aparte el del farol, encendía dos fuegos, era para que virasen o enfilaran otra derrota, pues el viento no resultaba conveniente para seguir, o convenía aminorar la andadura. De encender tres fuegos, entonces había que arriar la bonetta, que es una parte de vela que se iza debajo de la mayor, cuando hay bonanza, para adelantar; teniéndola arriada, es más fácil recoger también la mayor, en caso de borrasca, con pocos minutos. Si eran cuatro fuegos, todo el velamen abajo, indicándole después, con otra llama, su quietud. Más fuegos o bien el disparo de alguna bombardita, eran señal de tierra o de bajíos. Más tarde, cuatro fuegos otra vez, y era reizar el draperío entero, y seguir el rumbo que les marcaba siempre su hachón en la popa. Y tres fuegos ahora equivalían a izar la bonetta; como dos, virazón. Para asegurarse de que todas las carabelas le seguían y en grupo, dejaba el solo fuego que al principio; porque desde todas se le respondiese igual.

Cada noche montábanse tres guardias. Una, al decidirse la oscuridad; la segunda, llamada modora, en medio; la tercera, hasta el amanecer. Toda la dotación se partía las tres guardias: la primera, regida por el capitán o por el conrmaestre --turnándose cada noche--; la segunda, por el piloto o por el timonel; la tercera, por el suboficial. El lunes 10 de agosto, día de San Lorenzo, del año antedicho, encontrándose la escuadra abastecida de todo lo necesario para el mar, demás de sus tripulaciones (éramos doscientos treinta y siete), nos aprestamos de buena mañana a salir del puerto de Sevilla, y con disparo de muchas salvas dimos el trinquete al viento. Y fuimos descendiendo por el río Betis, modernamente llamado Gadalquivir (sic), cruzando ante un lugar que nombran Gioan Dalfarax (sic), que era ya gran población bajo los moros, y cuyas dos riberas unía un puente --cortando ese camino del río hacia Sevilla--: del cual llegaron hasta hoy, cubiertas por el agua, dos pilastras. Y son menester hombres que conozcan bien su sitio y ayuden al paso de las naves, para que no topen con aquellas; e importa también aviar cuando llega hasta allá la marea alta; y aun la busca de vericuetos, pues no tiene el río tanto fondo que admita embarcaciones muy cargadas o profundas. Después apareció otro lugar, que se llama Coria, dejando muchos otros al borde del río, hasta el alcance de un castillo del Duque de Medina Sidonia, el cual se llama San Lúcar, y es por donde se penetra en el Mar Océano --levante-poniente, con el cabo de San Vicente, que está a 37 grados de latitud y a unas 10 leguas--. De Sevilla, por el río, distaríamos ya como 17 ó 20. A los pocos días, apareció el capitán general, con los otros capitanes, navegando río abajo en las lanchas de las carabelas; y permanecimos allá muchos días aún, para terminar de armar muchas cosas que faltaban; y, en todos, bajábamos a tierra, para oír misa en un lugar que dicen Nuestra Señora de Barrameda, cerca de San Lúcar. Y, antes de la partida, el capitán general quiso que todos confesasen, y no consintió que ninguna mujer viniese en la armada, para mayor respeto.

El martes 20 de septiembre del mismo año partimos de ese lugar llamado San Lúcar, enfilando al Sudoeste, y, antes de terminar el mes, el 26, arribamos a una isla de la Gran Canaria que se llama Tenerife, a 28 grados de latitud, para repostar carne, agua y leña.

Anclamos allí tres días y medio, como provisión de la escuadra en dichas cosas; después, nos acercamos a otro puerto de la misma isla, Monte Rosso (sic) por nombre, tardando dos días. Sabrá Vuestra Ilustrísima Señoría que en aquellas islas de la Gran Canaria, que vienen una tras otra, no se encuentra ni una mala gota de agua que brote; sino que, al mediodía, se ve abajarse una nube del cielo, y circunda un enorme árbol que en aquella isla hay; destilando entonces sus hojas y ramas agua a placer. Y al pie de dicho árbol se dispuso como una cavidad a modo de fuente, donde el agua se alberga; con lo cual, los hombres que allá habitan y los animales --así domésticos como selváticos--, todos los días, de esta agua, y no de otra, abundantísimamente se saturan.

El lunes 3 de octubre, a medianoche, largamos velas en la dirección austral, engolfándose en el Mar Océano, pasando --en los 14 grados y medio-- Cabo Verde y sus islas; y así navegamos muchas jornadas frente a la costa de la Guinea o Etiopía (en la que existe una montaña, que dicen Sierra Leona, por los 8 grados de latitud): con vientos contrarios, calmas y lluvias sin viento, hasta la línea equinoccial. Lloviendo sesenta días sin pausa,

contra la opinión de los antiguos. Antes de alcanzar la línea, a 14 grados, muchos golpetazos de viento y corrientes de agua pusieron en peligro nuestra ruta. No pudiendo mantenerla sin que las naves peligraran --caladas las velas por completo--, capeábamos en tajamar una y otra vez, hasta que pasaba el turbión, que venía con furia. Cuando la lluvia, ni un soplo de viento; cuando sol, bonanza. Seguían el rastro de nuestras carabelas ciertos peces grandes, que se llaman tiburones, que tienen dientes terribles, y, si encuentran a un hombre en el mar, lo devoran. A arponazos cazábamos muchos, aunque no son buenos para comer, salvo los pequeños; y tampoco demasiado.

En cuyos avatares aparecía en más de una ocasión el Cuerpo Santo, esto es, Santo Elmo, como otra luz entre las nuestras sobre la noche oscurísima; y de tal esplendor cual antorcha ardiendo en la punta de la gavia; y permanecía dos horas, y aún más, con nosotros, para consuelo de los que nos quejábamos. Cuando esa bendita luz determinaba irse, permanecíamos medio cuarto de hora todos ciegos, implorando misericordia y realmente creyéndonos muertos ya. El mar amainó, de súbito.

Vi muchas clases de pájaros, entre los cuales uno que no tenía culo otro que, cuando la hembra quiere poner un huevo, lo pone sobre la espalda del macho, y allí se incuban. No tienen pies, y viven siempre en el mar. Los de otra especie viven del estiércol de los demás pájaros, y les basta: así, vi tantas veces a los tales, a quienes llaman cagassela, correr detrás de los otros pájaros, hasta el momento en que éstos se ven en la precisión de echar fuera su detritus; inmediatamente se apodera de él el perseguidor, y deja de perseguir. Vi, aún, muchos peces que volaban, y muchos otros agrupados juntos, que parecían una isla. Pasado que hubimos la línea equinoccial, hacia el mediodía, se perdió la referencia de la estrella polar; y, así, navegose con rumbo Sur-Suroeste hasta una tierra que se llama la Tierra del Verzin, en los 23 grados y medio del Polo Antártico, que es tierra del Cabo de San Agustín, que está en los 8 grados del mismo Polo; donde hicimos gran acopio de gallinas, patatas, piñas muy dulces --fruto verdaderamente el más gentil que haya--, carne de ánade como vaca, caña de azúcar y otras infinitas cosas, que dejo para no resultar prolijo. Por un anzuelo de pesca o un cuchillo daban cinco o seis gallinas; por un peine, un par de ánsares; por un espejo o unas tijeras, tanto pescado, que para diez hombres bastara; por un cencerro o una correa, un saco de patatas. Cuyas patatas saben, al comerlas, a castañas, y son largas como nabos. Y por un "rey de oros", que es una carta de la baraja, diéronme seis gallinas, con el temor, aún, de haberme engañado. Anclamos en ese puerto el día de Santa Lucía, y en tal fecha sufrimos al sol en su cenit, y más calor --tanto en aquella como en las siguientes, en el momento mollar del astro-- que en cualquier otro sitio bajo la línea equinoccial.

Esta tierra de Verzin es abundantísima, mayor que España, Francia e Italia juntas; pertenece al Rey de Portugal. Sus indígenas no son cristianos, y no adoran cosa alguna. Proceden según los usos naturales, y viven ciento veinticinco años y ciento cuarenta. Andan desnudos, así hombres como mujeres; habitan en ciertas casas amplias llamadas "bohíos", y duermen en redes de algodón que denominan "hamacas", anudadas --en el interior de aquellas viviendas-- de un extremo a otro, en troncos gruesos; entre las cuales encienden lumbres. En alguno de estos bohíos se junta hasta un centenar de hombres, con sus mujeres e hijos, armando gran rumor. Poseen barcas de una sola pieza --de un tronco

afilado con utensilios de piedra--, llamadas "canoas". Utilizan estos pueblos la piedra como nosotros el hierro, que no conocen . En cada una de esas embarcaciones se meten treinta o cuarenta hombres, bogan con palas como de panadería, y, tan negros y afeitados, parecen los remeros de la Laguna Estigia.

Se desenvuelven los hombres y las mujeres como entre nosotros; comen carne humana, la de sus enemigos, no por considerarla buena, sino por costumbre. Inició ésta --como ley de Talión-- una anciana, quien tenía un solo hijo, que fue muerto por los de una tribu rival; pasados algunos días, los de la suya apresaron a uno de los de la que le habían matado al hijo, y lo trajeron a donde se encontraba la vieja. Ella, viéndole y acordándose de su muerto, corrió hasta el muchacho como perra rabiosa, mordiéndole la espalda. Aquél, a poco, pudo huir, y mostró a los suyos la señal, como si lo fuese de que querían devorarlo. Cuando los suyos, más tarde, apresaron a alguno de los otros, se lo comieron; y los parientes de los comidos a los de los que comieran: de lo cual nació la costumbre. No se lo comen de una vez: antes uno corta una rebanada para llevársela a su vivienda y ahumarla allí; y vuelve a los ocho días para llevarse otro pedacito que comer asado entre los demás manjares..., y siempre como memoria de sus enemigos. Esto me contó Ioanne Carvagio, piloto que con nosotros venía, quien anduvo antes cuatro años por estas tierras. Esta gente se pinta a maravilla todo el cuerpo y el rostro con fuego y de distintas maneras, incluso las mujeres. Van completamente tonsos y sin barba --porque se la afeitan--. Abríganse con vestiduras de plumas de papagayo, con ruedas grandes en el culo hechas con las plumas más largas; cosa ridícula. A excepción de las mujeres y niños, ostentan todos tres agujeros en el labio inferior, de donde cuelgan piedras redondas y de un dedo de largo --unas menos, otras más--. No son negros completamente; más bien oliváceos; llevan al aire las partes vergonzosas, y carecen de vello en cualquiera. Y así hombres como mujeres, andan del todo desnudos. Llaman a su rey "cacique". Disponen de infinidad de papagayos, y cambian ocho o diez por un espejo; y gatos maimones pequeños, semejantes a los cachorros de león, pero amarillos: una preciosidad. Amasan un pan redondo, blanco, de médula de árbol, de sólo regular sabor; se halla dicha médula bajo la corteza, y parece requesón. Tienen cerdos con la particularidad del ombligo en la espalda, y grandes pájaros con el pico como un cucharón y sin lengua.

Por un hacha pequeña o un cuchillo de buen tamaño entregaban a una o dos de sus hijas como esclavas; pero a su mujer por nada la habrían dado. Ni hubiesen ellas ofendido tampoco al esposo a ningún precio. De día nada consentían a éste, sólo de noche. Ellas trabajan y cargan con toda la comida en unas mochilas de mimbre, o bien en canéforas --sobre la cabeza o a la cabeza atadas--; pero siempre con su marido cerca, y él con un arco de verzin, o de palma negra, y un haz de flechas de caña. Todo lo cual no olvidan, por ser muy celosos. Llevan las mujeres a sus hijos colgados del cuello por una red de algodón. Y callo las demás cosas para no alargarme.

Dos veces se dijo misa en aquellos lugares, ante la que guardaban ellos tamaña contrición, de rodillas y alzando juntas las manos, que era grandísimo placer verlos. Edificaron una casa para nosotros, pensando que deberíamos permanecer algún tiempo aún, y cortaron mucho verzin para regalárnoslo en la marcha. Haría cerca de dos meses que no habría llovido por allá; y, cuando alcanzábamos el puerto, por casualidad, llovió.

Por lo que dieron en decir que descendíamos del cielo, y que habíamos traído con nosotros la lluvia. Estos pueblos fácilmente se convertirían a la fe de Jesucristo. Al principio, pensaban que las lanchas fuesen hijas de las carabelas, e incluso que éstas las parían en el momento en que se soltaban por la borda sobre el mar; y, observándolas más tarde a su costado, según es uso, creían que cada carabela las amamantaba. Una hermosa joven subió un día a la nao capitana, donde me encontraba yo, no con otro propósito que el de aprovechar alguna nadería de desecho. Andando en lo cual, le echó el ojo, en la cámara del suboficial, abierta, a un clavo, largo más que un dedo; y, apoderándose de él con gran gentileza y galantería, hundiolo entero, de punta a cabo, entre los labios de su natura; tras ello, marchose pasito a pasito. Viéndolo todo perfectamente el capitán general y yo.

Trece días permanecimos en aquella tierra. Continuando después nuestro camino, llegamos hasta el grado 34, más un tercio del Polo Antártico, encontrando allá, junto a un río de agua dulce, a unos hombres que se llaman "caníbales" y comen la carne humana. Acercósenos a la nave capitana uno de estatura casi como de gigante para garantizar a los otros. Tenía un vozarrón de toro. Mientras éste permaneció en la nave, los otros recogieron sus enseres y los adentraron más en la tierra, por miedo a nosotros. Viendo lo cual, saltamos un centenar de hombres a tierra en busca de entendernos algo, trabar conversación; por lo menos retener a alguno. Pero huían, huían con tan largos pasos, que ni con todo nuestro correr podíamos alcanzarlos. Hay en este río siete islas. En la mayor de ellas encuéntranse piedras preciosas; se llama Cabo de Santa María. Todos pensábamos que se pasaba desde allí al mar del Sur, que no lo es del todo (aunque lo pareciera, por no haberse descubierto más en esa dirección). En definitiva, no es aquel un cabo, sino el desemboque de un río que tiene de boca 17 leguas. Río, junto al que, en anterior ocasión, y por fiar demasiado, un capitán español, por nombre Iohan de Solís, fue devorado por los caníbales, junto con sesenta hombres. Fueron a descubrir tierras, como nosotros.

Continuando nuestro rumbo, hacia el Polo Antártico, costeando ahora, vinimos a dar con dos islas llenas de ansarones, y de lobos marinos. Verdaderamente, el número de ansarones no se podría referir. En una hora abarrotamos las cinco naves. Esos ansarones son negros, y tienen exacto el plumaje del cuerpo y de las alas; no pueden volar, y viven de la pesca. Tienen tal desarrollo, que no era menester desplumarlos, sino que los desollábamos. El pico es como de cuervo. En cuanto a los lobos marinos, los hay de diversos colores, gordos, como terneros y con la cabeza igual: orejas pequeñas y ralas, largos dientes, no tienen patas, sino unos pies que les arrancan del mismo tronco, parecidos a nuestras manos --con uñas pequeñitas, y entre los dedos la misma suerte de membrana que las ocas--. Resultarían ferocísimos si pudiesen correr: nadan y viven de la pesca. Aquí nuestras naos supieron los mejores augurios al aparecer en frecuentes ocasiones los tres Cuerpos Santos, o sea: San Telmo, San Nicolás y Santa Clara. Luces que se extinguían súbitamente.

Arrancando de allí, alcanzamos hasta los 49 grados del Antártico. Echándose encima el frío, los barcos descubrieron un buen puerto para invernar. Permanecimos en él dos meses, sin ver a persona alguna. Un día, de pronto, descubrimos a un hombre de

gigantesca estatura, el cual, desnudo sobre la ribera del puerto, bailaba, cantaba y vertía polvo sobre su cabeza. Mandó el capitán general a uno de los nuestros hacia él para que imitase tales acciones en signo de paz y lo condujera ante nuestro dicho jefe, sobre una islilla. Cuando se halló en su presencia, y la muestra, se maravilló mucho, y hacía gestos con un dedo hacia arriba, creyendo que bajábamos del cielo. Era tan alto él, que no le pasábamos de la cintura, y bien conforme; tenía las facciones grandes, pintadas de rojo, y alrededor de los ojos, de amarillo, con un corazón trazado en el centro de cada mejilla. Los pocos cabellos que tenía aparecían tintos en blanco; vestía piel de animal, cosida sutilmente en las juntas. Cuyo animal, tiene la cabeza y orejas grandes, como una mula, el cuello y cuerpo como un camello, de ciervo las patas y la cola de caballo --como éste relincha--. Abunda por las partes aquellas. Calzaban sus pies abarcas del mismo bicho, que no los cubrían peor que zapatos, y empuñaban un arco corto y grueso con la cuerda más recia que las de un laúd --de tripa del mismo animal--, aparte un puñado de flechas de caña, más bien cortas y emplumadas como las nuestras. Por hierro, unas púas de yesca blanca y negra --como en las flechas turcas--, conseguidas afilando sobre otra piedra. Hizo el capitán general que le dieran de comer y de beber, y, entre las demás cosas que le mostró, púsole, ante un espejo de acero grande. Cuando se miró allí, se asustó sobre manera y saltó atrás, derribando por el suelo a tres o cuatro de nuestros hombres. Luego le entregó campanillas, un espejo, un peine y algunos paternostri y enviolo a tierra en compañía de cuatro hombres armados. Un compañero suyo, que hasta aquel momento no había querido acercarse a la nao, cuando le vio volver en compañía de los nuestros, corrió a avisar a donde se encontraban los otros; y alineáronse, así, todos desnudos. Cuando llegaron los nuestros, empezaron a bailar y a cantar, siempre con un dedo en lo alto, y ofreciéndose polvo blanco, de raíces de hierba, en vasijas de barro: no otra cosa hubiesen podido darles para comer. Indicáronles los nuestros por señas que se acercaran a los barcos, que ya les ayudarían a llevar sus cosas. Ante cuya demanda, los hombres tomaron solamente sus arcos, mientras sus mujeres, cargadas como burros, traían el resto. Ellas no eran tan altas, pero sí mucho más gordas. Cuando las vimos de cerca, nos quedamos atónitos: tienen las tetas largas hasta mitad del brazo. Van pintadas y desvestidas como sus maridos, si no es que ante el sexo llevan un pellejín que lo cubre. Tiraba cada una de cuatro de aquellos animales, cachorros aún, atados con fibras a manera de ronzal. Esas gentes, cuando quieren apoderarse de tales bichos, atan a uno de los pequeños a alguna zarza. Acércanse los mayores para jugar con él, y los salvajes, escondidos, lo matan a flechazos. Dieciocho nos trajeron a las naos, entre machos y hembras, y regresaron a las dos orillas del puerto después que nos quedamos con aquella mercadería.

Fue visto, a los seis días, un gigante, pintado y vestido de igual suerte, por algunos que hacían leña. Empuñaba arco y flechas. Acercándose a los nuestros, primero se tocaba la cabeza, el rostro y el tronco; después hacía lo mismo con los de ellos, y, por fin, elevaba al cuello la mano. Cuando el capitán general lo supo, mandó un esquife para que se apoderasen de él y que lo retuvieran en aquella isla del puerto, donde habíanse construido ya una casa para los herreros y para almacén de los barcos. Éste era más alto aún y mejor construido que los demás, y tan tratable y simpático. Frecuentemente bailaba, y, al hacerlo, más de una vez hundía los pies en tierra hasta un palmo. Permaneció entre nosotros muchos días; tantos, que lo bautizamos, llamándole Juan. Pronunciaba tan claro

como nosotros, sino que con resonantísima voz, "Jesús", "Padre nuestro", "Ave María" y "Juan". Después, el capitán general le dio una camisa, un jubón de paño, calzas de paño, una barretina, un espejo, un peine, campanillas y otras cosas, despidiéndolo. Fuese muy contento y feliz. Al día siguiente, trajo uno de aquellos animales grandes al capitán general, por el que le dieron muchas cosas a fin de que trajese más. Pero nunca volvió. Pensamos si lo habrían muerto por haber conversado con nosotros.

A los quince días encontramos a cuatro de estos gigantes sin armas, que las tenían ocultas entre unos espinos: los dos a quienes apresamos nos las mostraban después. Cada uno iba pintado de diferente manera. El capitán general retuvo a dos --los más jóvenes y despejados-- con ejemplar astucia para conducirlos a España. A haber procedido sin ella, lo probable es que alguno de nosotros no lo contara. El ardid de que se valió para retenerlos fue éste: les dio muchos cuchillos, tijeras, espejos, esquilones y cuentas de vidrio. Teniendo los dos las manos rebosantes de dichas cosas, hizo el capitán general que trajeran un par de grilletes, que se depositaron a sus pies como tratándose de un regalo; y a ellos, por ser hierro, placíales mucho. Pero no sabían cómo llevárselos, y les apenaba renunciar: no teniendo dónde guardar las mercedes, y debiendo sujetar con las manos la piel que las envolvía. Quisieron ayudarles los otros dos, pero el capitán se opuso. Viendo lo que les preocupaba abandonar aquellos grilletes, indicoles por señas que se los haría ceñir a los pies, y que así podrían llevarlos. Respondieron con la cabeza que sí. Rápidamente, y al mismo tiempo, hizo que los argollaran a los dos; y, aunque, cuando notaron el hierro transversal, les asaltó la duda, ante el gesto de seguridad del capitán permanecieron firmes. Sólo después, al comprender el engaño, bufaban como toros, pidiendo a grandes gritos a "Setebos" que les ayudara. A duras penas conseguimos maniar a los otros dos, y fueron enviados a tierra con nueve hombres, para que condujesen a los nuestros hasta donde estaba la esposa de uno de los que habíamos apresado. Porque él la lloraba a voces, según dedujimos de sus ademanes. Al avanzar, uno consiguió liberar sus manos, y echó a correr tan velozmente que al punto se le perdió de vista. Iba en busca de los suyos, pero ni encontró en su casa a quien había dejado en cuidado de la mujer, durante su ausencia. Hubo de salir, de nuevo, en su busca, para referírsele todo. Mientras, tanto se esforzaba nuestro otro maniatado por liberarse, que hubieron de herirlo ligeramente en la cabeza; con lo que, bufando, condujo a los nuestros adonde las mujeres aguardaban. Juan Carvalho, piloto, jefe del grupo, no quiso apresar a la mujer entonces, porque anocheecía, dejándola dormir en su choza. Aproximáronse los otros dos indígenas, aunque, al hacerse cargo del herido, titubeaban, y nada dijeron a la sazón. Pero, de amanecida, hablaron con las mujeres. Y, de repente, emprendieron franca huida, a todo correr, más aún los chicos que los grandes, llevándose todo consigo. Dos se rezagaron para disparar sus flechas sobre los nuestros; el otro preocupose de poner a salvo a aquellos cachorros con que se cazaban los animales mayores. Y, así, en combate, uno de aquellos dos atravesó de un flechazo el muslo a uno de los nuestros, y éste murió en seguida. Ante lo cual, desaparecieron rápidos. Los nuestros, aunque disponían de escopetas y ballestas, jamás les pudieron herir; pues ellos, cuando pelean, no se están quietos nunca, antes saltan de acá para allá. Enterró a su muerto nuestra cuadrilla, e incendió cuanto abandonaron los fugitivos. Ciertamente, tales gigantes corren más que un caballo, y son celosísimos de sus esposas.

Cuando a esta gente le duele el estómago, en lugar de purgarse se meten por la garganta dos palmos, o más, de una flecha y vomitan una masa verde mezclada con sangre, según comen cierta clase de cardos. Cuando les duele la cabeza, se dan un corte transversal en la frente y así en los brazos, en las piernas y en cualquier lugar del cuerpo, procurando que se desangre mucho. Uno de los que habíamos apresado, que estaba en nuestra embarcación, decía que aquella sangre no quería estarse allí y que por ello le había causado tal dolor. Llevan el pelo cortado con una gran coronilla, al modo que los frailes, pero más largo, con un cordón de algodón en torno a la cabeza, donde ajustan las flechas al partir de caza. Átanse el miembro viril entre las piernas para preservarlo del grandísimo frío. Cuando uno de ellos muere, se le aparecen diez o doce demonios bailando alegres alrededor del cuerpo, muy pintarrajeados. Por encima de ellos surge otro, mucho más grande, gritando y con más algazara aún. El que el demonio se les aparezca pintado es la razón de que se pinten ellos. Llaman al demonio mayor "Setebos"; a los otros, "Cheleulle". También nuestro prisionero me informó con ademanes, de haber visto al demonio con dos cuernos en la cabeza y pelos largos que le cubrían las piernas, y lanzar fuego por la boca y por el culo. El capitán general llamó a los de este pueblo "Patagones". Todos se visten con la piel de aquel animal ya dicho. No tienen casas, sino cobertizos de la piel del mismo animal y con ellas se mueven, de acá para acullá, como es también costumbre de los zingaros. Aliméntanse con carne cruda y con una raíz dulce que llaman chapae. Cada uno de nuestros dos prisioneros se comía un esportón de galleta y bebía sin resollar medio balde de agua. Y zampábanse las ratas sin hacerles ascos ni a la piel.

Estuvimos en ese puerto, al que bautizamos Puerto de San Julián, cerca de cinco meses, durante los que ocurrieron múltiples cosas. A fin de que vuestra Ilustrísima Señoría conozca alguna, sepa que apenas anclados allá, los capitanes de los otros cuatro navíos conjuráronse en traición para asesinar al capitán general; y eran ellos: el veedor de las armas, que se llamaba Juan de Cartagena; el tesorero, Luis de Mendoza; el contador, Antonio Coca y Gaspar de Quesada. Descuartizado el veedor por sus hombres, fue muerto el tesorero a puñaladas, descubriéndose la conjura. A los pocos días, Gaspar de Quesada, por querer organizar otra, fue desterrado en esa tierra patagónica en compañía de un clérigo. El capitán general no quiso ordenar que lo matasen porque le había dado la capitanía el emperador Don Carlos.

Una nave llamada Santiago se perdió al salir a explorar la costa. Todos sus hombres se salvaron milagrosamente. Dos de ellos consiguieron llegar hasta nosotros y nos dieron la noticia. El capitán general destacó a algunos hombres con sacos de galleta. Durante dos meses nos vimos forzados a proveerlos de víveres, pues cada día rescataban alguna cosa de la perdida nao. La distancia hasta allá era de 24 leguas, que son cien millas; la senda, áspera y maleza todo. Invertíamos cuatro jornadas en el viaje; dormíamos sobre matojos; no encontrábamos agua que beber, sino hielo y en suma, nos agotaba la fatiga. En nuestro puerto abundaban sobremanera unos moluscos alargados, que llamamos "mejillones". Solían tener perlas, pero muy chicas, que nos estorbaban comerlos. Había también por allá incienso, avestruces, zorras; corrían conejos, menos grandes que los de Europa. En la

cima del monte más alto, plantamos una cruz en demostración de que aquellas tierras eran del Rey de España y llamamos a aquél "Monte de Cristo".

Partiendo de aquí, en los 51 grados menos un tercio del Antártico, dimos con otro río de agua dulce, al que las naves se acogieron de los vientos terribles; mas Dios y el Cuerpo Santo no nos regatearon ayuda. En este río anclamos cerca de dos meses para hacer provisión de agua, de leña y de peces --que eran largos como un brazo y más, con mucha escama y tan sabrosos cuanto escasos--. Y antes que navegáramos de nuevo, el capitán general y todos nosotros confesamos y comulgamos como verdaderos cristianos. Después, a los 52 grados del mismo rumbo, encontramos en el día de las Once mil Vírgenes, un estrecho, cuyo cabo denominamos "Cabo de las Once mil Vírgenes", por un milagro grandísimo. Ese estrecho tiene de largo 110 leguas, que son 440 millas y un ancho --más o menos-- como de media legua y va a desembocar en otro mar, llamado Mar Pacífico, circundado de montañas altísimas con copetes de nieve. No había calado suficiente para pasar, salvo que se enfilase a unas 25 ó 30 brazas sólo, de tierra. Y si no fuese por el capitán general, nunca habríamos navegado aquel estrecho; porque pensábamos todos y decíamos, que todo se nos cerraba alrededor. Pero el capitán, que sabía tener que seguir su derrota por un estrecho muy justo, según viera antes en un mapa hecho por aquel excelentísimo hombre Martín de Bohemia, destacó dos naves, la San Antonio y la Concepción --así se llamaban--, para ver qué había al fondo de la oquedad. Nosotros, con las otras dos naves --la capitana, por nombre Trinidad, y la Victoria--, anclamos a resguardo de la bahía. Sobrevino aquella noche una fuerte virazón; tal, que fue forzoso levar anclas y dejar que nuestras carabelas bailasen por la bahía cuanto cupo. A las otras dos, en marcha, les iba a resultar imposible doblar un cabo que se les abría al fondo de aquella garganta ni volver hasta nosotros, con lo que, sin la menor duda, su fin era el choque violento con algún bajo. Ya cerquísima del fondo del embudo y dándose por cadáveres todos, avistaron una boca minúscula, que ni boca parece sino esquina y hacia allí se abandonaron los abandonados por la esperanza: con lo que descubrieron el estrecho a su pesar. Pues, viendo que no era esquina, sino paso, adentráronse hasta descubrir una ensenada. Siguiendo aún, conocieron otro estrecho y una tercera bahía, mayor que esas dos primeras. Con alegres ánimos, volviéronse al punto atrás para que el capitán general lo supiese.

Los dábamos ya nosotros por perdidos; primero, por la tempestad inmensa; después, porque habían transcurrido dos jornadas desde la separación e incluso, por creer señales de naufragio unos humos que nos hacían desde tierra dos marineros, a quienes ellos enviaron para avisarnos la noticia. Hallándonos en cuyos pensamientos, vimos aparecer ambas naos, inflado el velamen, y acercarse batiendo a la brisa sus banderolas. Ya junto a las nuestras, atronaron muchas bombardas y gritos; después, alineadas las cuatro, dando gracias a Dios y a la Virgen María, avanzamos en busca de más allá.

Adentrándonos por aquel estrecho, advertimos dos bocas: una al siroco, otra al garbino. El capitán general adelantó a la nao San Antonio, en compañía de la Concepción, para que viesen si la boca de la parte de siroco desembocaba en el Mar Pacífico. La nao San Antonio no quiso aguardar a la Concepción, pues se proponía huir para volver a España, lo cual hizo. Su Piloto, Esteban Gómez por nombre, odiaba sin límites al capitán general,

a causa de que, antes que se aparejase nuestra escuadra, había él acudido al emperador en busca de que le diese algunas carabelas para descubrir tierras; pero, con la aparición del capitán general, Su Majestad no se las dio. En esa nave iba el otro gigante que apresáramos; pero murió apenas entraron en zona calurosa.

La Concepción, incapaz de seguirla al partir, andaba aguardándola inocentemente de una a otra parte. Ignorando que la San Antonio, aprovechando la noche, había hecho marcha atrás y recatándose junto a sus compañeras, ganado la boca por donde antes entraran. Nosotros andábamos en el empeño de explorar la de garbino. Recorriendo el estrecho detenidamente, llegamos a un río que llamamos "Río de las Sardinas", según la gran cantidad de ellas en su barra; y fuimos entreteniéndonos en todo cuatro días, por tal de hacer tiempo en que se nos unieran las otras dos naos. Durante cuyos días enviamos una lancha bien acondicionada para que otease el cabo del otro mar. Volvió, anocheciendo el tercer día y explicándonos que habían entrado el cabo, sí, y el ancho mar también. El capitán general lloró de alegría, designando a aquél "Cabo Deseado", porque lo deseamos todos tanto tiempo. Volvimos atrás en busca de las otras dos naves, pero no encontramos sino a la Concepción. Y preguntándosele dónde estaba su pareja, respondió Gioan Serrano que sólo de la que pisaba era capitán y piloto como lo fue antes de la que se perdió; pero que de la otra no sabía, ni volviera a verla jamás desde que enfilaron a siroco. Buscámosla entonces por todo el estrecho, hasta por la boca por la que había huido. Envió atrás el capitán general a la Victoria, hasta la misma entrada del estrecho, porque viese si andaba por allí; y que de no encontrarla, clavase una bandera sobre algún montículo, con una carta metida en ella y ahincada en tierra junto al mástil; de forma que, con descubrirla, encontrando la carta, supiesen el rumbo que seguíamos. Porque ésas eran nuestras órdenes estipuladas, para caso de que una nave se distanciase de las otras. Dos banderas con cartas se clavaron esta vez. Una, sobre un alcor de la primera bahía; la otra, en un islote de la tercera, materialmente lleno de lobos marinos y grandes pájaros. Aguardando el capitán general con sus dos naves que esa Victoria se le reuniera ante la desembocadura del "Río Isleo", dispuso una tercera cruz sobre un escollo frontero al río: éste bajaba entre montañas hartas de nieve y toma el mar muy cercano al "Río de las Sardinas".

Si no hubiéramos encontrado ese estrecho, tenía proyectado el capitán general descender hasta los 75 grados del Polo Antártico, pues a tal latitud y en aquella estación, no se hace nunca la noche o es muy breve: es decir, como en invierno ocurre con el día. Así Vuestra Señoría Ilustrísima me crea, que mientras permanecemos en aquel estrecho, eran las noches sólo tres horas y nos encontrábamos en octubre. Las tierras a nuestra izquierda orientábanse al siroco y eran bajas.

Llamamos a ese estrecho el "Estrecho Patagónico"; en el cual, se encuentran, cada media legua, puertos segurísimos, inmejorables aguas, leña --aunque sólo de cedro--, peces, sardinas, mejillones y apio, hierba dulce --también otras amargas--. Nace esa hierba junto a los arroyos y bastantes días sólo de ella pudimos comer. No creo haya en el mundo estrecho más hermoso ni mejor. Por este mar Océano puede practicarse la más dilectísima de las pescas.

Hay tres suertes de peces, largos como el brazo y más, que nombran dorados, albacoras y bonitos, los cuales persiguen a otros peces que vuelan, llamados "colondrinos" --largos, un palmo más también--, de óptimo sabor. Cuando los de aquellas tres especies encuentran a alguno de estos voladores, éstos, con prontitud, saltan fuera del agua y vuelan --pese a tener empapadas las alas-- por trecho mayor que un tiro de ballesta. Durante cuyo vuelo córrenle los otros detrás por debajo del agua a su sombra. No acaba aún de caer el primero en el agua, que ya en un decir Jesús, lo han apresado y comido. Cosa, en verdad, bellísima de ver.

Me enseñó todas esas palabras aquel gigante que en la nao teníamos, de resultas de que, pidiéndome capac, esto es, pan --que así conocen aquella raíz que como pan usan ellos--, y oli, esto es, agua, me vio a mí escribir ambos nombres; pidiéndole después otros, pluma en mano me entendía. Una vez hice la cruz y la besé, presentándosela. Gritó al punto: "¡Setebos!", indicándome con ademanes que, si volvía a hacer la cruz, aquél me entraría en el cuerpo, haciéndome estallar. Cuando este gigante se encontró mal, pidió, en cambio, un crucifijo, abrazándolo y besándolo mucho. Quería hacerse cristiano antes de morir. Le dimos por nombre Pablo. Cuando esa gente quiere encender fuego, frota dos ramas ásperas entre sí, al objeto de que la chispa que brote prenda en cierta médula de árbol que ponen entre dichas ramas.

El miércoles 28 de noviembre de 1520 nos desencajonamos de aquel estrecho, sumiéndonos en el mar Pacífico. Estuvimos tres meses sin probar clase alguna de viandas frescas. Comíamos galleta: ni galleta ya, sino su polvo, con los gusanos a puñados, porque lo mejor habíanselo comido ellos; olía endiabladamente a orines de rata. Y bebíamos agua amarillenta, putrefacta ya de muchos días, completando nuestra alimentación los cellos de cuero de buey, que en la cofa del palo mayor, protegían del roce a las jarcias; pieles más que endurecidas por el sol, la lluvia y el viento. Poniéndolas al remojo del mar cuatro o cinco días y después un poco sobre las brasas, se comían no mal; mejor que el serrín, que tampoco despreciábamos.

Las ratas se vendían a medio ducado la pieza y más que hubieran aparecido. Pero por encima de todas las penalidades, ésta era la peor: que les crecían a algunos las encías sobre los dientes --así los superiores como los inferiores de la boca--, hasta que de ningún modo les era posible comer: que morían de esta enfermedad. Diecinueve hombres murieron, más el gigante y otro indio de la tierra del Verzin. Otros veinticinco o treinta hombres enfermaron, quién en los brazos, quién en las piernas o en otra parte; así, que sanos quedaban pocos.

Por la gracia de Dios, yo no sufrí ninguna enfermedad.

En estos tres meses y veinte días recorrimos cerca de cuatro mil leguas del Mar Pacífico, en una sola derrota (bien pacífico, en verdad, pues en tanto tiempo no conocimos ni una borrasca); sin ver tierra alguna, sino dos islotes deshabitados, en los que nada se encontró fuera de pájaros y árboles. Los llamamos "Islas Infortunadas". Están a doscientas leguas la una de la otra. No había donde fondear a su alrededor; sí muchos tiburones. La primera

de las islas está en los 15 grados de latitud austral; la otra, en los 9. Cubríamos cada jornada, sesenta o setenta leguas a la cadena o a popa. Y, si Dios y su Madre Bendita no nos hubieran ayudado con tan buen tiempo, por seguro que habríamos perecido todos de hambre en aquel inmenso mar.

Si, a la salida de aquel estrecho, hubiésemos enfilado sin variación el rumbo de poniente, habríamos dado una vuelta al Mundo sin encontrar tierra alguna hasta el "Cabo de las Once mil Vírgenes": pues éste marca la entrada en dicho estrecho por el Mar Océano a Levante, como la salida es, a Poniente, el "Cabo Deseado" sobre el Mar Pacífico. Ambos cabos hallábanse con exactitud en los 52 grados de latitud del Polo Antártico. No está el Polo Antártico tan estrellado como el Ártico. Vense muchas estrellas menudas agrupadas, que forman dos nebulosas no muy distantes entre sí ni tampoco con demasiado resplandor. En el espacio entre ambas surgen dos estrellas mayores, tampoco de gran brillo y muy quietas. Nuestra brújula se desviaba siempre con aquella proximidad del Polo Antártico, cuya atracción era de gran fuerza. De todas formas, adelante aquellas aguas, preguntó el capitán general a todos sus pilotos sobre, avanzando siempre a vela, qué rumbo marcaban en sus cartas de navegar. Respondieron a coro que el rumbo que puntualmente él les había trazado. Explicándoles él entonces que dicho rumbo falseaba -- gran razón-- y que convenía auxiliar con cálculos la brújula, dada la atracción polar magnética. En estas singladuras percibimos una cruz de cinco estrellas radiantes en dirección poniente y dispuestas con gran simetría.

Singlábamos esos días entre poniente y mistral y a la cuarta del mistral cargando entre él y el primer viento: todo, hasta que alcanzásemos el ecuador 125 grados largos de la línea de repartición. La línea de partición está 30 grados de longitud Sur y 3 al Levante de Cabo Verde. Con lo cual pasamos cerca de dos islas riquísimas; una a 20 grados de latitud antártica, por nombre Cipangu; la otra a 15 grados, conocida por Sumdit Pradit. Cruzada la línea del ecuador, navegamos entre poniente y mistral y a la cuarta del poniente hacia el mistral; después doscientas leguas al poniente, mudando el rumbo a la cuarta hacia el garbino hasta los 13 grados del Polo Ártico. Así, íbamos aproximándonos a la tierra del Cabo de Gaticara, cuyo cabo, con perdón de los cosmógrafos --que no lo conocen--, no se halla donde ellos creen, sino 12 grados más al septentrión, aproximadamente.

A las casi setenta leguas de esta bitácora, en los 12 grados de latitud y los de longitud, el miércoles 6 de marzo descubrimos un islote al mistral y hacia el garbino, dos. De estas últimas, una era más alta y espaciosa. Quería atracar en ella el capitán general, por busca de algún alimento fresco; pero no pudo, porque los naturales de dicha isla deslizábanse en nuestras naos y robaban aquí una cosa, otra allá..., de forma que no la había para tenerlas seguras. Estábamos arriando velas para bajar a tierra, cuando --con insólita rapidez-- nos robaron el esquife amarrado a la popa de la nave capitana. Furioso por dicha fechoría, bajó a tierra el capitán general con cuarenta ballesteros; incendiaron cuarenta o cincuenta casas y muchas canoas, mataron a siete hombres y se recuperó el esquife. Antes de nuestro desembarco, nos rogaba más de uno de los enfermos que, si matábamos a hombre o a mujer, les trajéramos sus intestinos, comiendo los cuales pronto sanarían¹⁴⁶. Cuando a ballestazos traspasábamos completamente a alguno de aquellos indios por los

ijares, tiraban de la flecha, bien en un sentido, bien en otro, mirándola; conseguían extraerla finalmente, maravillándose mucho y morían así. Y aquellos a quienes herían en el pecho obraban igual. Nos despertaron verdadera compasión. A poco, viéndonos partir, escoltáronnos con más de cien embarcaciones una legua. Arrimábanse a las naos mostrándonos peces en simulación de querénnoslos dar; pero lo que pretendían era apedrearnos, huyendo después. A pesar de navegar nosotros a toda vela, metían sus canoas habilidosísimamente, entre las carabelas y nuestras remolcadas lanchas. Notamos a alguna mujer entre ellos gritando y mesándose la cabellera. Supongo que por amor a sus muertos.

Cada uno de ellos vive según su voluntad; no existe quien les mande. Van desnudos, alguno con barba; les cuelgan los negros cabellos hasta la cintura, aunque enlazados. Tócanse con sombrerillos de palma como los albaneses. Tienen nuestra estatura y son proporcionados. No adoran a ningún dios. Su tez es olivácea aunque nazcan blancos y se tiñen los dientes de rojo y de negro, reputándolo cosa bellísima. Las mujeres andan igualmente desnudas, si no es que se cubren el sexo con una estrecha membrana de papel, que arrancan de entre el tronco y la corteza de las palmeras; son bellas, delicadas y más blancas que los hombres, con los cabellos sueltos y largos, negrísimos, hasta los pies. Estas no trabajan, sino que permanecen en sus hogares tejiendo esteras o confeccionan cajas y otros objetos útiles. Comen cocos, batatas, pájaros, higos --de a palmo--, caña de azúcar, peces voladores y más cosas. Úntanse el cuerpo y la cabellera con aceite de coco y de ajonjolí; sus casas son de troncos enteramente y techadas de tablas y hojas de higuera: más de dos brazas de altura, con pavimento y ventanas. En las habitaciones y lechos abundan las bellísimas esteras de palma. Duermen sobre paja, muy desmenuzada y tierna. No disponen de armas, aparte una especie de jabalina con la punta de hueso de pescado, afilada.

Esa gente es pobre, pero es ingeniosa y ladrona por demás: que así llaman a estas tres "islas de los Ladrones". Su diversión es navegar --la esposa a bordo-- sobre sus ágiles lanchas. Vienen a ser éstas como góndolas, más afiladas aún; unas negras; otras blancas, rojas... Al otro bordo que la vela, un tronco grueso, afilado en lo alto, se empalma con travesaños a la separada embarcación: así se sostienen más seguros sobre el agua. La vela es de hojas de palma, cosidas para formar una al modo que la latina. Por timón usan una especie de pala como de horno, cuya asa cruza un barrote. Hacen de la popa proa y de la proa popa y en el agua saltan de ola en ola como delfines. Por lo poco en que les vimos actuar, estos ladrones pensaban ser, sin duda, los únicos habitantes del planeta. El sábado 16 de marzo de 1521, dimos hacia la aurora, con una tierra elevada, distante alrededor de trescientas leguas de las islas de los Ladrones y por nombre Zamal. Quiso el capitán general, al siguiente día, desembarcar en otra, deshabitada y detrás de aquélla --por considerarlo más seguro--: había que cargar agua y observar. Hizo que levantasen en la orilla dos tiendas para los enfermos y que les sacrificasen un cochino. El lunes 18 de marzo, vimos después del almuerzo, cómo se nos acercaba un pequeño batel con nueve hombres; ante lo que el capitán general ordenó que nadie se moviese, ni pronunciara palabra alguna sin su autorización. Apenas atracaron aquellos, su jefe aproximose al capitán general, al parecer satisfecho de nuestra venida. Cinco de los más empeñados

permanecieron con nosotros; el resto desapareció en busca de sus camaradas, entregados por allí a la pesca. Con lo que finalmente, los vimos a todos.

Apreciando el capitán general que éstos eran hombres razonables, hizo que se les diera comida, así como barretinas encarnadas, espejos, peines, campanillas, marfil, tela y otras cosas. Ante la cortesía del capitán, correspondieron con peces, un jarro de vino de palma (que llaman vraca), higos de más de un palmo y otros pequeños --y de mejor sabor-- y dos cocos. Era de lo que disponían entonces; pero, con hartos gestos, nos hicieron entender que a los cuatro días traerían umay (arroz), cocos y otras vituallas. Los cocos son fruto de las palmeras. Mientras nosotros tenemos el pan, el vino, el aceite y el vinagre, este pueblo lo tiene todo en el árbol antedicho. El vino lo extraen con la industria siguiente: perforan el árbol en su parte más alta y tierna, llamada "palmito", la cual destila un licor como el mosto, blanco, dulce, pero un poco agrio también. Con él se llenan unas cañas tanto o más gordas que una pierna, que dejan atadas al tronco por la mañana --para beber de noche-- y por la noche --para beber por la mañana--. Da también la palmera el ya mencionado fruto del coco. Es éste, más o menos grande como una cabeza humana. Su corteza más exterior es verde, dos dedos gruesa y la constituyen en parte unos filamentos con los que los nativos tejen las cuerdas para sus barcas. Bajo esa costra hay una segunda, dura y considerablemente mayor que la de la mayor nuez. Esta suelen quemarla y aprovechan sus cenizas para su pintura. Debajo, por fin, viene una pulpa endurecida blanca, de un dedo de espesor, que comen fresca con la carne del pescado, como el pan nosotros y que al paladar le recuerda la almendra. Secándola se amasaría pan. Dentro de esa pulpa encuéntrase una agua clara, dulce y refrescantísima; agua que cuando se deja posar, se congela y termina como una manzana. Cuando les interesa disponer de aceite, dejan que se pudran pulpa y agua, las hierven después y sale un aceite como de mantequilla. Puede hacerse leche aún, que eso hacíamos nosotros. Rallábamos la pulpa, la mezclábamos con agua después, bien colada y estrujada a través de un paño y era como leche de cabra. Son estas palmeras como las de los dátiles, pero no tan nudosas; más bien lisas. Una familia de diez personas se mantendría con dos de ellas, aunque a base de extraer el vino ocho días de una y los ocho siguientes de la otra; pues perforándolas sin reposo terminarían por secarse. Cien años duran.

Gran familiaridad adquirieron con nosotros estos pueblos. Nos dijeron cómo denominaban muchas cosas y el nombre de cuantas islas divisábanse desde allá. La de ellos se llamaba Zuluán y no era demasiado extensa. Nos satisfizo mucho su trato, porque eran asaz agradables y conversadores. El capitán general, para rendirles más honor, los condujo a su nave, mostrándoles toda su mercancía: clavo, canela, pimienta, nuez moscada, macia, oro, más cuanto encerraba el casco. Disparó incluso alguna bombardita; con lo que ellos, aterrorizados, pretendieron saltar por la borda. Hacían signos de advertir que aquellas muestras que llevábamos decían producirse en las tierras hacia las que se orientaba nuestra navegación. Antes de marcharse pidieron licencia para ello con mucha educación y donosura y tras repetir que iban a volver, según su promesa. El islote que ocupábamos era Humunu; aunque nosotros, por haber encontrado allí dos fuentes de agua clarísima, le pusimos "Agua de las buenas señales". Lo último referíase a los primeros rastros de oro, patentes también. No dejan de encontrarse, para ser breve, gran cantidad de coral blanco, así como árboles enormes; éstos dan un fruto algo menos que la

almendra, como los piñones. Y hay muchas palmeras, aunque bastante estériles. Las islas parecen multiplicarse allí; así que también bautizamos el archipiélago: "San Lázaro", por descubrirlo en su domingo.

Está en los 10 grados de latitud del Polo Ártico y a 161 de longitud desde el punto de partida.

El viernes 22 de marzo, reaparecieron a mediodía aquellos hombres, según prometieron, sobre dos barcas, con cocos, naranjas dulces, un odre de vino de palma y hasta un gallo: para demostrar que allá se criaban gallinas. Mostráronse contentísimos por volvernos a ver y compramos de todo. Su jefe era un viejo muy pintado, con aros de oro macizo en las orejas; más muchos brazaletes, por igual de oro y un pañuelo anudado a la cabeza. Permanecimos en el lugar ocho días, todos los cuales bajaba nuestro capitán a visitar a los enfermos. Y cada mañana les servía de propia mano aquel agua de coco, lo que los reconfortaba mucho.

Próximos a aquella isla habitan hombres de cuyas orejas penden tan descomunales aros que pueden meter sus brazos en ellos. Esos pueblos son cafres, o sea gentiles; van desnudos, sin más que un tejido de corteza de árbol que les cubre las vergüenzas y sólo sus principales usan lienzos de algodón recamado de seda, como turbante particular. Son oliváceos, gordos, pintarrajeados y se ungen con aceite de coco o de ajonjolí para preservarse del sol y del viento. Les cuelga el pelo, negrísimo, hasta la cintura y poseen dagas, cuchillos, lanzas de oro, escudos, anzuelos, arpones y redes para pescar encestando. Sus barcas son semejantes a nuestras falúas.

En el lunes santo (25 de marzo, día de la Anunciación), poco después del mediodía y estando como quien dice para levar anclas, me dirigí a la nave para pescar y, apoyando el pie sobre un cordaje, camino de la cámara, me resbalé por estar el esparto húmedo de lluvias y caí a la mar sin que ninguno me viera. Y casi completamente inmerso ya, vínome a la mano el cabo final de cuerda de la vela mayor, que providencialmente pendía de la borda. Asime a él y comencé a gritar; tanto que di ocasión a que viniesen en la lancha por mí. No creo que me salvaran mis merecimientos, sino la misericordia de aquella Fuente de Piedad. La misma tarde enfilamos entre poniente y garbino cuatro islas: Cenalo, Hiunangan, Ibusson y Abarien.

Por haber visto fuego la noche anterior en una isla, en la mañana del jueves 28 de marzo, se ancló frente a ésta y observamos que una barca reducida --que llaman allá boloto--, con ocho hombres de tripulación, acercábase a la carabela capitana. Un esclavo del capitán general, que era de Sumatra (llamada anteriormente Traprobana), les habló e inmediatamente le entendieron. Arrimáronse a nuestro casco, pero en modo alguno quisieron subir, mostrándose recelosos. Notando el capitán esa desconfianza, les arrojó una barretina encarnada y otras cosas, atadas sobre un pedazo de tablero. Alcanzaronlo muy alegres e inmediatamente emprendieron la vuelta para avisar a su rey. A las casi dos horas, vimos venir dos balangai (así las llaman y son embarcaciones mayores) llenas de gente; en la más amplia, bajo un dosel tejido, venía sentado su rey. Cuando se encontraban junto a la capitana ya, le habló el esclavo. El rey lo entendió, pues por

aquellos parajes los reyes conocen más idiomas que sus súbditos. Ordenó que algunos de éstos subiesen, pero sin abandonar él nunca su balangai, a poca distancia nuestra. Aguardaba el regreso de sus emisarios y, apenas ocurrido, dio media vuelta. Hizo el capitán general grandes honores a cuantos subieron a la nave y aun dioles alguna cosa, por lo que el rey, antes de irse, quería entregar al capitán una barra de oro grande y una espuerta llena de jengibre. Pero él, agradeciéndolo mucho, no quiso aceptar. Al atardecer, acercamos la nave a los recintos del monarca.

El otro día, que era Viernes Santo, mandó a tierra el capitán general, en un esquife, al esclavo que era nuestro intérprete, para que suplicara al rey, que, si disponía de alimentos, los hiciese traer a la nave, que no quedaría desacorde de nosotros, pues como amigos recalábamos en su reino, no como enemigos. Entonces volvió el rey con seis u ocho de sus hombres en la misma embarcación y subió a la nuestra, abrazándose con el capitán general. Y le entregó tres vasijas de porcelana, cubiertas de hojas y llenas de arroz en crudo y dos doradas grandísimas y más víveres. El capitán entregó al rey una túnica de paño roja y amarilla al gusto turco y una barretina de buen lienzo, encarnada también; a los que le acompañaban, bien cuchillos, bien espejos. Hízoles luego comer y al monarca decirle por el esclavo que quería ser respecto a él casi casi es decir, hermano; respondió que así quería él igualmente. Tras ello, el capitán le enseñó paños de diversos colores, tela, corales y mucha mercancía; la artillería al cabo, haciéndola disparar. Mucho se espantaron algunos. Después hizo que un hombre se armara de coraza completa y puso a tres a su alrededor que, con espadas y puñales, le daban por todo el cuerpo: ante cuyo ejemplo quedó el rey fuera de sí. Manifestó a través del esclavo, que uno de aquellos armados valía por cien de los suyos; se le respondió que así era y que en cada nave había doscientos que se armaban de tal forma. Presentole petos, espadas y rodela, cuya utilidad iba demostrándole un hombre. Le condujo, en fin, sobre el puente de mando en la popa e hizo que le subieran su carta de navegar y la brújula, explicándole por el intérprete cómo encontró el estrecho para pasar hasta allí y cuántas lunas siguieron sin ver tierra. Maravillose. Al despedirse, indicó que le gustaría recibir a su vez a dos hombres para enseñarles alguna de sus cosas. Respondió el capitán que de buen grado. Fui yo, con otro.

Apenas pisé tierra firme, alzó el rey las manos al cielo, volviéndose después hacia nosotros dos; escrupulosamente le imitamos e igual hicieron todos los demás. Tomome el rey de la mano; uno de sus conspicuos hizo lo propio con mi camarada y así penetramos en un cobertizo de cañas que encerraba un balangai muy largo --como de ochenta palmos de los míos--, delgado y esbelto cual góndola. Tomamos asiento en la popa de él, siempre expresándonos por ademanes. Nos rodeaba toda la tribu en pie con espadas, dagas, lanzas y escudos. Ordenó traer un plato con carne de cerdo y una jarra grande llena de vino. Bebíamos una taza de vino a cada bocado; el que le sobraba al rey alguna vez --pocas-- lo vertía en otra jarra de su solo uso. Su taza aparecía cubierta siempre y nadie bebía de ella salvo él y yo. A cada trago que se disponía el rey a echar, alzaba las manos juntas al cielo y hacia nosotros; luego, antes aún de beber, avanzaba el puño izquierdo hacia mí (que al principio creí que quería darme un puñetazo). Finalmente bebía y al tocarme mi turno, yo le imitaba. Ademanes a los que inmediatamente se entregaron también los otros. Con tanto ceremonial y variadísimas señales amistosas, dimos fin a la merienda.

CAPITULO II

Comí carne en Viernes Santo, pero ¿qué iba a hacer?. Antes de la hora de la cena entregué al rey muchas cosas que había traído y escribí bastantes palabras de su lengua. Cuando el rey y los otros me vieron escribir y después repetía, leyéndolas sus palabras, quedaron atónitos. Con lo que llegó el momento de cenar. Trajeron dos platos grandes de porcelana, el uno lleno de arroz y el otro de carne de cerdo con su pringue. Cenamos entre las mismas demostraciones gesticulantes; luego fuimos al palacio real, que adoptaba la forma de una pirámide de heno y estaba recubierto completamente con hojas de higuera y de palmas. Fue edificado sobre gruesas estacas que lo distanciaban de la tierra, así que había que subir unos peldaños para entrar. Hizo que nos sentásemos sobre una esterilla de mimbres, manteniendo cruzadas las piernas como los sastres. A la media hora, trajeron un plato de pescado asado con jengibre a pedacitos alrededor, y vino. El hijo mayor del rey, que era el príncipe, apareció donde estábamos, el rey le dijo que se sentara junto a nosotros y lo hizo así. Sirvieron otros dos platos: uno de pescado en su salsa y el otro de arroz, sin más fin que el de que comiéramos también con el príncipe. Mi compañero, tras tanta comida y bebida, llegó a embriagarse. Alúmbranse con unas lámparas cuyo combustible es resina de árbol a la que llaman ánima, envuelta en hojas de palma y de higuera.

Dionos a entender el rey que quería marcharse a dormir; dejonos con el príncipe, en cuya compañía descansamos sobre las esteras de mimbre y cojines de hojarasca. Llegado el día, volvió el rey y me tomó de la mano de nuevo, fuimos así hasta donde habíamos cenado, para desayunar, pero ya una lancha acercábase por nosotros. Antes de partir, el rey nos besó con alegría la mano y ambos la suya; un su hermano nos acompañaba con tres hombres. Era rey de otra isla. El capitán general lo retuvo a almorzar a bordo, colmándole de obsequios.

En la isla de aquel rey que conduje a la nao, encuéntranse pepitas de oro grandes como nueces y aun huevos, sólo con cribar la tierra. Todas las vasijas de ese rey son de oro e incluso alguna parte de su casa. Así nos lo refirió él mismo. Por su esmero en el vestir y cuidado, resultaba el más hermoso de los hombres que viésemos entre estos pueblos. Sus cabellos negrísimos le alcanzaban a media espalda, bajo turbante de seda: pendían de sus orejas dos aros inmensos de oro. Unos pantalones de paño, bombachos, enteramente recamados de seda, cubríanle de cintura a rodilla. Al costado, una daga con descomunal empuñadura --de oro también--, y su funda de madera tallada; en cada diente ostentaba, por fin, tres manchas de oro, que parecía que en él estuvieran engastadas. Olía a los perfumes de estoraque y de benjuí; era oliváceo bajo su mucha pintura. Su isla se llama Butuan y Calagan. Cuando estos reyes quieren encontrarse, reúnen los dos para cazar en la isla ante la que nos hallábamos. El primer rey se llama Colambu; el segundo, rajá Siain.

El domingo, último día de marzo y Pascua, envió muy de mañana a tierra el capitán general al sacerdote, con alguna escolta, para que preparasen dónde decir misa y al

intérprete para advertir que no íbamos a bajar para comer con ellos, sino para oírlos. Aunque sin más, el rey envió dos cerdos muertos. Cuando llegó la hora de la ceremonia, desembarcamos alrededor de cincuenta hombres, sin las corazas pero armados y con la mejor ropa que pudimos. Antes de llegar a la playa, disparáronse seis bombardazos en señal de fiesta. Cuando pisamos tierra firme, ambos reyes se abrazaron a nuestro capitán general, situándole después entre ellos y en tal orden acudieron al lugar consagrado, no muy lejos de la orilla. Antes que el Sacrificio comenzase, el capitán roció todo el cuerpo de los reyes con agua perfumada. Ofrecimos las limosnas; acercáronse los reyes, como nosotros, a besar la Cruz, aunque sin ofertorio.

Al elevar el cuerpo de Nuestro Señor, permanecieron de rodillas y lo adoraban con las manos juntas. Las carabelas dispararon toda su artillería a un tiempo al alzarse el cuerpo de Cristo, dándole la señal de la tierra con arcabuzos. Terminada la misa, algunos de los nuestros comulgaron. El capitán general ordenó empezar un baile con las espadas, en lo que tuvieron los reyes gran placer; hizo que trajesen más tarde un crucifijo con los clavos y la corona, al cual prestó reverencia al punto. Explicoles por el intérprete que no era otro el estandarte que le diera el emperador, su amo, para que, por doquiera que estuviese, dejase aquella señal suya y que él quería plantarla allí hasta en beneficio de ellos. Para que, si se aproximaran naves de las nuestras, supiesen por la cruz que nosotros habíamos estado allá antes y no causaran estrago ni en ellos ni en sus cosas. Que, si apresaban a alguno de los suyos, sólo con mostrarles aquella señal lo dejarían libre. Y que convenía, en resumen, plantar la cruz aquella sobre la cima del monte más alto que hubiera allí, para que al verla cada mañana, la adorasen; que era el modo de que ni truenos, ni rayos, ni tempestades, les perjudicaran en cosa alguna.

Se lo agradecieron mucho, asegurando que harían todo aquello de buen talante. Aún les instó a manifestar si eran moros o gentiles o en quién creyeran; y contestaron que no adoraban a nadie, reduciéndose a levantar las manos juntas y la cara, al cielo y que a su dios le llamaban "Abba", cuyas manifestaciones llenaron al capitán de alegría. Viéndolo, el primer rey alzó al cielo las manos y dijo que desearía, si fuese posible, darle pruebas de su amor hacia él. Repuso el intérprete que por qué motivo disponían allá de tan pocos alimentos. Contestó que no habitaba en aquel lugar sino cuando venía de caza y para ver a su hermano; sino que moraba usualmente en otra isla con los suyos.

Instósele a que, si tenía enemigos, declarásele, pues en tal contingencia, acercarían las naves a destruirlos y les obligarían a obedecerle. Lo agradeció, manifestando que tenía a dos islas enemigas, sí, pero que no era ocasión de atacarlas. El capitán dijo aún que, si Dios determinaba que en otro periplo arribase por estas tierras, conduciría a tantas gentes, que habría de dejárselas por completo sometidas (a Colambu). Que era ya hora de ir a almorzar y que volverían luego para que se pusiera la Cruz sobre el monte. Insistieron en que les placía. Tras hacer desfilar en parada al batallón y la descarga de sus mosquetes, abrazose de nuevo el capitán con los dos reyes y tomamos licencia.

Tras el almuerzo, volvimos allá sin armas y, poco menos que presididos por los dos reyes, escalamos la cima más alta que hallarse pudo. Al pisarla, no olvidó el capitán general decirles lo por bien empleados que daba sus sudores, derivado del afecto que les

tenía; pues, teniendo allí la Cruz, sólo habrían ya de conocer ayudas. Y preguntoles qué puerto era mejor para avituallarse. Dijeron que había tres: Ceylon, Zubu y Calaghan; pero que Zubu era el más grande y de mejor tráfico. Y se ofrecieron a prestarnos pilotos para enseñar el rumbo.

El capitán general dio las gracias y decidió ir donde le dijeron, porque así lo marcaba su triste suerte. Ahincada la Cruz, rezamos cada uno un padrenuestro y un avemaría, adorándola; e igual los reyes. Bajamos después por sus campos sembrados, hasta donde el balangai. Ordenaron los reyes traer algunos cocos para refrescar nuestras gargantas. Pidióles, en fin, el capitán los ofrecidos pilotos, pues quería zarpar con la nueva aurora, que los trataría como a sí mismo y dejando, además, en hospedaje uno de los nuestros. La respuesta fue que, en cualquier momento que los deseara, estaba a sus órdenes. Mas, con la noche, el rey primero mudó de parecer. Estábamos ya de mañana prontos a partir, cuando le envió al capitán general el recado de que por amor suyo, aguardase dos días hasta que recogiese el arroz y las demás cosechas; rogándole le prestara también algunos hombres de ayuda, pues así despachaban más rápido y él mismo quería convertirse en nuestro piloto.

Mandole algunos hombres el capitán, pero tanto comieron y bebieron los reyes, que el sueño los postró todo el día. Hubo quien, para excusarlos, dijo que se habían encontrado mal. Aquel primer día, los nuestros no hicieron nada; pero los dos siguientes sí trabajaron. Uno de aquellos indígenas trajo una escudilla con arroz, más ocho o diez higos --todo atado-- y pretendía el trueque por un cuchillo de los que valen tres cuatrines, lo menos. Comprendiendo el capitán hasta qué punto le interesaba el cuchillo a aquél, le llamó para disuadirle. Echó mano a la escarcela y quiso darle por su arroz un real: negose. Le mostró un ducado: tampoco. Al final, se avenía a darle un doblón de dos ducados. Nada le importaba, salvo un cuchillo y así, logró que se lo dieran. Habiendo desembarcado otro de los nuestros, por la provisión de agua, uno de la isla también quiso entregarle una corona de oro macizo, bujada, tremenda de tamaño, a cambiar por seis sartas con cuentas de vidrio; pero el capitán se opuso a la operación, para que prevaleciera su principio de que tasábamos en más nuestras baratijas que su oro. Estos pueblos son paganos; andan pintados y desnudos con sólo un jirón de tejido vegetal tapándoles las vergüenzas; son desenfrenados bebedores. Sus mujeres cúbrense de la cintura para abajo, también con telas arbóreas y les llegan hasta el suelo los cabellos negríssimos; llevan taladradas las orejas y llenas de oro. Mastican sin cesar una fruta llamada areca, que recuerda a los peros en la forma: La parten en cuatro trozos, envolviéndolos después en las hojas de su tronco, llamado betre --que tiene el tamaño de las de la morera--, máscanlo todo y, cuando se ha formado ya en la boca una especie de papa, la escupen. Les queda aquélla encarnadísima. Todos los pueblos de esta parte del mundo lo toman, porque refresca considerablemente el corazón. Si dejasen de tomarlo, morirían.

En esta isla hay perros, gatos, cerdos, gallinas y cabras; arroz, jengibre, cocos, higos, naranjas, limones, mijo, panizo, cera y mucho oro. Está a nueve grados y dos tercios de latitud Norte y a ciento sesenta y dos de longitud de la línea de repartición y a veinticinco leguas de la Acquada; se llama Mazana.

Siete días paramos, pues, en total. Al término, seguimos el soplo del mistral, pasando junto a cinco islas: Ceylon, Bohol, Canighan, Bagbai y Gatighan. En esta de Gatighan hay murciélagos como águilas de grandes; no queríamos detenernos y sólo dimos muerte a uno: sabía a gallina. Abundan las palomas, tórtolas, papagayos y ciertas aves negras, gallináceas también, con buen cuerpo y larga cola. Estas ponen huevos enormes, como de ánsar, escóndenlos bajo la arena y el calor los incuba. Los pollitos salen así, sacudiéndose la arena. Los huevos son comestibles. De Mazana a Gatighan quedan veinte millas. Al salir hacia poniente desde Gatighan, el rey de Mazana no pudo seguir nuestra andadura; de forma que nos decidimos a esperarle entre las islas de Polo, Ticobon y Poxon. Al reunírseos, se maravillaba de nuestra velocidad. Invítale el capitán general a que subiese en su nao con algunos de sus jercas, y le plugo sobremanera. Así arribamos a Zubu, que está a 15 leguas desde Gatighan.

A mediodía del domingo 15 de abril, penetrábamos en el puerto de Zubu, rebasando muchos pequeños poblados con la mayoría de sus casas construidas sobre los árboles. Al acercarnos a la ciudad, ordenó el capitán general que se empavesaran las carabelas, medio arriose el trapo como en zafarrancho de combate y disparó las bombardas todas, con lo que se sembró el pánico por doquier. El capitán envió a uno de sus ayudantes con el intérprete como embajador cerca del rey de Zubu. Cuando éstos desembarcaron, encontráronse con una multitud agrupada en torno a su rey, temerosos de los bombardazos aún. Informoles el intérprete de ser éstas nuestras costumbres al llegar a semejantes sitios: disparar todas las bombardas en prenda de amistad y de honor al respectivo rey. Respiraron el citado y los suyos oyéndole e hizo aquél, que su edecán preguntase a los nuestros qué querían. Díjoles el intérprete que su señor era capitán del mayor rey y príncipe del mundo y que se empeñaba entonces en descubrir Maluco. Pero que, como había sabido de su renombre notable a través del rey de Mazana, le venía a visitar, así como a entregarle por vituallas, mercaderías.

Contestó que en buen hora era llegado, pero que era su uso que toda nave que se albergase en su puerto le pagara tributo y que no eran cuatro días que un junco de Ciama cargado de oro y de esclavos, se lo rindiese. En aseveración de cuyas palabras, señalole a un mercader de los de Ciama que había permanecido allí para seguir traficando en lo de los esclavos y el oro. El intérprete repuso que su señor, como capitán de tan gran rey, no pagaba tributo a rey alguno del orbe y que si quería paz, tendría paz y, si guerra, guerra. Entonces el mercader moro advirtió al rey: "Cata, raja, chiba"; o sea: "Atiende bien, señor... Estos son de los que conquistaron Calicut, Malaca y toda la India mayor. Si bien se les hace, hacen bien; si mal, mal y peor, como en Calicut y Malaca hicieron". El intérprete lo comprendió todo y pudo interrumpir con que el rey su señor era más potente en soldados y en navíos que el rey de Portugal y era rey de España y emperador de todos los cristianos y que, si se negaba a ser amigo suyo, enviaría en otra expedición a tanta gente que lo arrasaría todo. Otra cosa hablaba aún el moro con el rey. Entonces, éste dijo que se iba a aconsejar de los suyos y que contestaría en la jornada siguiente. Hizo servir un almuerzo con muchas viandas, carne en todos los platos --que eran de porcelana-- y abundantes ánforas de vino. Luego de tal colación, los nuestros regresaron a dar cuenta de su embajada. El rey de Mazana, que después de este otro era el más

importante y señoreaba diversas islas, bajó a tierra para explicar a su congénere la gran cortesía del capitán general.

El lunes por la mañana nuestro escribano, en compañía del intérprete, desembarcó en Zubu. Vino el rey con sus principales a la plaza e indicó a los nuestros que se sentasen cerca. Preguntoles si más de un capitán iba en aquella compañía y si intentaban que él pagase tributo a su amo el emperador. Respondieron que no, que pretendían solamente que comerciase con ellos antes que con otros. Dijo que eso le satisfacía y, si nuestro capitán quería ser amigo suyo, que le enviaría un poco de sangre de su brazo derecho y el haría otro tanto, en símbolo de su amistad más verdadera. Aceptose la comisión. Terminó el rey inquiriendo, ya que cuantos capitanes tocaban allá intercambiaban presentes con él, sobre si era nuestro capitán o él mismo quien debía empezar. Ante lo que el intérprete dijo que, pues deseaba mantener tal costumbre, empezara él; y él empezó.

Subieron a la nao el rey de Mazana y el moro en la mañana del martes. Saludó el primero al capitán general de parte del de Zubu, y explicole cómo estaba reuniendo más víveres que podía para dárselos y cómo iba a enviar a un sobrino suyo y a dos o tres de sus jefes después del almuerzo para establecer la paz. Ordenó el capitán general que uno vistiese la armadura y que les explicaran que todos nosotros combatíamos con ella. El moro se espantó mucho, pero el capitán calmábalo con la advertencia de que nuestras armas eran dulces con los amigos y ásperas con los enemigos: y que, con tan poco esfuerzo como un pañuelo enjugaba el sudor, nuestras armas derriban y destruyen a todos los adversarios y perseguidores de nuestra fe. Hizo todo esto, a fin de que el moro, que parecía más astuto que los demás, se lo repitiera al rey.

Después del yantar, acercáronse a la nao el sobrino del rey, que era príncipe, el rey de Mazana, el moro, el gobernador y el barrachel mayor, con ocho principales, para concertar con nosotros la paz. El capitán general, ocupando un trono de terciopelo encarnado; los demás principales, en sillas de cuero y los demás, en cuclillas sobre alfombras, les preguntó a través del intérprete si su costumbre era tratar en secreto o en público y si aquel príncipe y el rey de Mazana estaban capacitados para estipular la paz. Respondieron que debatían en público y que efectivamente aquellos dos hallábanse capacitados.

Disertó con amplitud el capitán sobre la paz y sobre que él rogaba a Dios que la confirmase en el cielo. Contestaron que jamás habían oído cosas semejantes y que les causaba gran placer oírle. Observando el capitán el buen ánimo con que escuchaban y respondían, empezó a tocar asuntos que los indujeran a nuestra fe.

Preguntó quién habría de suceder al rey a su muerte: enterándose de que no tenía hijos varones, sino hembras y que aquel sobrino suyo estaba casado con la mayor, por lo que era el príncipe. Y de que cuando envejecen padre o madre no se los honra ya, sino que mandan sobre ellos los propios hijos. Informoles el capitán de que Dios creara el cielo, la tierra, el mar y tantas otras cosas y de que impuso se honrara a padre y madre (que quien lo contrario hacía era condenado al fuego eterno) y de que todos descendíamos de Adán y Eva, nuestros primeros padres y de que tenemos un alma inmortal y de muchos otros

puntos referentes a la fe. Alborozadísimos, le suplicaron accediera a dejarles dos hombres, uno por lo menos, para que en tal fe les instruyera y que les rendirían gran honor. Replicaba que por el momento no podía dejarles a ninguno; pero que si querían hacerse cristianos, los bautizaría nuestro preste y que en otra expedición traería clérigos y frailes que los aleccionarían en nuestra fe. Arguyeron que primero deberían hablar al rey y después convertirse en cristianos. Todos lloraban, con tanta alegría.

Habloles el capitán que no se hicieran cristianos por miedo ni por complacernos, sino voluntariamente; pues a los que quisieran vivir según sus leyes de hasta entonces, ningún daño se les haría. Aunque cristianos serían mejor vistos y halagados que los otros. Todos gritaron a una voz que no se hacían cristianos por miedo, ni por nuestra complacencia, sino por espontánea voluntad.

Entonces les dijo que, si se convertían en cristianos, les entregaba una armadura, pues su rey se lo había impuesto así. Y cómo no podían usar de sus mujeres, siendo gentiles, sin grandísimo pecado y cómo les aseguraba que, siendo cristianos, no se les aparecería más el demonio, sino en el mismo punto de su muerte. Aseguraron no encontrar respuesta para tan bellas palabras, pero a sus manos se remitían y que dispusiese de ellos como de sus más fieles servidores. El capitán, llorando, los abrazó y estrechando una mano del príncipe y una del rey entre las suyas, juroles por su fe en Dios y por su hábito de caballero que les daba la paz perpetua con España. Respondieron que juraban lo propio. Conclusas las paces, mandó el capitán que sirviesen que comer; después, el príncipe y el rey ofrendaron al capitán los presentes que traían: algunos cestillos de arroz, cerdos, cabras y gallinas y pidiéndoles disculpas por ser tales muy pobres cosas para alguien como él. El capitán regaló al príncipe un alquicel blanco de sutilísima tela, una barretina encarnada, sartas de cuentas de cristal y un vaso de vidrio dorado. Todos los cristales son apreciadísimos allí. Al rey de Mazana no le dio ningún regalo, pues se lo había hecho ya con una veste de Cambaya y otros obsequios. Más cosas repartió entre los acompañantes; a quién una, a quién otra.

Mandó después al rey de Zubu, por mediación mía y de otro, una túnica de seda amarilla y morada --a la moda turca--, una barretina encarnada de paño muy fino, collares de vidrio también. Presentando todo en bandeja de plata, más dos vasos en mano semejantes al del príncipe.

Llegando a la ciudad, encontramos al rey en su palacio con muchos hombres, sentado en tierra sobre una esterilla de palma. Sólo un taparrabos de algodón le impedía enseñar las vergüenzas; llevaba un turbante con bordados de aguja, un collar de gran precio y dos enormes ajorcas de oro con piedras preciosas.

Era gordo y pequeño, tatuado al fuego diversamente. Otra esterilla ante sí, servíale de mantel, pues estaba comiendo huevos de serpiente escudillera, servidos en dos vasijas de porcelana y tenía también cuatro jarras llenas de vino de palma, cubiertas con hierbas oloríferas. Un canuto metido en cada una le servía para, indistintamente, sorber. Tras la reverencia de rigor, hízole saber el intérprete hasta qué punto su señor le quedaba reconocido por tantos obsequios y que le mandaba aquellos otros no por corresponder

sino por el amor intrínseco que le tenía. Ceñímosle la túnica, tocámosle de la barretina y le dimos parte de lo demás. Por fin, besando primero los dos vasos y poniéndomelos sobre la cabeza, se los presenté y con el mismo ceremonial él los aceptó. A seguida, nos hizo comer de aquellos huevos y beber por aquellos canutos. Y mientras, los suyos repetíanle el parlamento del capitán y su exhorto para que se hiciesen cristianos. Quería el rey que nos quedásemos para la cena; le comunicamos que nos resultaba imposible. Otorgada la licencia, nos condujo el príncipe a su mansión, donde cuatro muchachas tocaban instrumentos de música: una un tambor --casi como nosotros, pero acurrucada en tierra--, otra percutía con un bastón engordado en su extremo con tejido de palma sobre dos pedazos de metal colgados --ya en éste, ya en aquél--; la tercera, sobre otra rodela metálica mayor y del mismo modo; la última, por fin, hacía entrechocar dos bastoncillos de igual especie, a los que arrancaba sonidos muy suaves. Tan a compás actuaron, que parecían expertas en música. Eran las cuatro hermosas y blancas, casi como nuestras mujeres y de sus proporciones; salían desnudas, salvo un tejido vegetal de la cintura a la rodilla y alguna desnuda enteramente; con el pabellón de la oreja deformado por un cerquillo de madera muy largo, que se les enhebraba ahí, con la cabellera larguísima y negra, ceñida por estrecho turbante; descalzas en cualquier momento. El príncipe nos invitó a bailar con tres, desnudas de arriba a abajo. Las referidas placas de metal fabricanse en la región del Signio Magno, que llaman también China. Úsanla por allá para lo que las campanas nosotros y tiene por nombre aghon.

El miércoles por la mañana, al haber fallecido un hombre a bordo aquella noche, bajamos el intérprete y yo a preguntar al rey dónde podríamos enterrar el cadáver. Vímosle rodeado de muchos y tras la usual reverencia, lo consulté. Respondió: "Si tanto yo como mis vasallos pertenecemos completamente a tu señor, mayormente deberá considerar suya esta tierra". Expliqué de qué forma pretendíamos consagrar el punto y notarlo con una cruz: prosiguió que le satisfacía sin disputa y que había de adorarla tal como nosotros. Fue sepultado en el centro de la plaza, tan bien como supimos: para dar ejemplo. Y la consagramos después. A la tarde, enterramos a otro. Descargamos en el pueblo mucha mercancía, situándola en una casa que el rey garantizó; así como a cuatro hombres que también quedaron, al objeto de tratar mercaderías de por grande. Viven estos pueblos con justicia; conocen las medidas y el peso. Aman la paz, el ocio y la quietud. Poseen balanzas de madera. Son: una barrilla horizontal, colgada por la mitad de una cuerda --que la sostiene--, a un extremo queda el garfio; al otro, las señales --como cuarto, tercio, libra...---. Cuando quieren pesar, toman un platillo, que cuelga de tres cordeles, como los nuestros, lo cargan con las señales, y así pesan justo. Disponen de medidoras muy grandes, sin fondo. Juegan los muchachos con la zampoña, semejante a la nuestra y la llaman subin. Las casas son de tableros y cañas, edificadas sobre estacas gordas que las separan del suelo: que son menester escaleras para subir y tienen habitaciones igual que entre nosotros. Bajo las casas guardan sus cerdos, cabras y gallinas.

Abundan por aquí los cornioles, grandes, hermosos de ver, que matan a las ballenas cuando éstas los engullen vivos. Una vez dentro de aquel cuerpo, decídense a salir de su coraza y se les comen el corazón. Que, vivos aún, suelen encontrarlos estos indígenas,

junto al corazón de las ballenas muertas. Estos cornioles tienen dientes, la piel negra, el lomo y la carne blancas; por allá llámanlos laghan.

Abrimos el viernes nuestro almacén, lleno de mercancías, el cual les produjo seria admiración. Por metal, hierro o cualquier otro artículo de peso, daban oro; por los de poco tamaño, arroz, cerdos, cabras y demás víveres. Estos pueblos entregaban diez pesos de oro por catorce libras de hierro: un peso y cerca de ducado y medio. El capitán general no quiso que se aceptase demasiado oro, porque más de un marinero hubiese vendido por un poco de él todas sus cosas: con lo que se habría desnivelado el tráfico para siempre. El sábado, por haber prometido el rey al capitán convertirse en cristiano el domingo, elevose en la plaza, sacra ya, una tribuna con adornos de tapices y ramos de palma, donde bautizarlo y envióle a decir también que no se asustara en la aurora con los bombardazos, ya que era nuestra costumbre, en las fiestas sonadas, hacer sonar la pólvora en las piezas. El domingo por la mañana y 14 de abril, bajamos a tierra cuarenta hombres, con dos de ellos en armadura completa y el estandarte real. Apenas nos encaminábamos, tronó toda la artillería. La población nos seguía de una a otra parte. Abrazáronse el rey y el capitán general. Díjole éste que la enseña real no se desembarcaba nunca sino con cincuenta hombres de la guisa en que andaban aquellos dos, más cincuenta escopeteros; pero, por su gran amor, había accedido a bajarla entonces. Tras de lo cual, alegres, se situaron frente a la tribuna. Sentáronse allí los dos sobre tronos de terciopelo rojos y morados, los jerarcas en cojines y otros sobre esteras.

El capitán indicó al rey por el intérprete, que debía dar gracias a Dios porque le inspirara para hacerse cristiano y que ahora vencería a sus enemigos con más facilidad que antes. Respondió que quería ser cristiano; pero que algunos de sus principales no querían, porque alegaban ser tan hombres como él. Con esto, nuestro capitán ordenó llamar a todos los gentiles hombres del rey, comunicándoles que, si no le obedecían como a tal, los mataría inmediatamente y entregaría sus bienes al monarca. Respondieron que obedecerían. Dijo al rey que, apenas llegase a España, había de regresar con tanto poder, que lo convertiría en el rey mayor de aquellas partes, puesto que fuera el primero en decidir hacerse cristiano. Levantó el otro las manos al cielo, en gracias, apremiándole a que se quedara allá alguno de nosotros, para mejor instruir a aquel pueblo en la fe. Respondió el capitán que, para contentarle, dejaría allí dos; sabrían informar a estos otros sobre las cosas de España.

En el medio de la plaza se colocó una gran cruz. Advirtió el capitán que si querían hacerse cristianos, como en jornadas anteriores manifestasen, era menester que quemaran todos sus ídolos, sustituyéndolos por una cruz y que, cada día, con las manos juntas, la adoraran; más cada mañana, sobre el rostro, hacer la señal de la cruz (enseñándoles cómo se hacía). Y a cualquier hora, por la mañana al menos, debían acercarse a esta cruz y adorarla de hinojos y que cuanto había dicho se esforzasen en confirmarlo con buenas obras. El rey y todos los suyos querían confirmar todo, en efecto. El capitán general explicó que se había vestido enteramente de blanco para demostrar su sincero amor hacia ellos. Respondieron que no sabían qué replicar a tan dulces palabras. Tras y por ellas, condujo el capitán al rey de la mano sobre la tribuna para que le bautizasen, diciéndole que se llamaría don Carlos, como el emperador su dueño; el príncipe, don Fernando,

como el hermano del emperador; uno de los principales, Fernando también, por nuestro principal --el capitán, mejor dicho--, el moro, Cristóbal. Después, a quién un nombre, a quién otro.

Bautizáronse antes de la misa quinientos hombres. Oída aquélla, el capitán convidó a yantar consigo al rey y a otros principales. No aceptaron. Acompañáronnos hasta el rompeolas, dispararon nuevamente todas las bombardas y abrazáronse los jefes como despedida.

Después del almuerzo volvimos a tierra a desembarcar el cura y otros, para bautizar a la reina, la cual apareció con cuarenta damas. Condujimosla sobre la tribuna, haciéndola sentarse sobre un cojín y alrededor las demás, hasta que el sacerdote se revistió. Mostrámosle una imagen de Nuestra Señora, un precioso Niño Jesús de talla y un crucifijo, ante todo lo cual le vino gran contrición y pidió el bautismo con lágrimas. La llamamos Juana, como a la madre del emperador, a su hija mujer del príncipe, Catalina, a la reina de Mazana, Isabel y su nombre correspondiente a las demás.

Ochocientas almas se bautizaron, entre hombres, mujeres y niños. La reina era joven y hermosa, cubierta enteramente por un lienzo blanco y negro; llevaba rojísimas la boca y las uñas y un sombrero grande de hojas de palma --amplio, como quitasol--, con corona alrededor, según las tiaras papales, que a ninguna parte va sin ella. Nos pidió el Niño Jesús, para colocarlo en el puesto de sus ídolos y se marchó al atardecer. El rey, la reina y muchos otros bajaron a la playa, luego. Y el capitán entonces, hizo que se disparasen muchos morteretes y las bombardas mayores, lo que fue para todos diversión grande. El capitán y el rey se daban tratamiento de hermanos. Este último se llamaba rajá Humabón. Antes de los ocho días quedaron bautizados todos los de aquella isla y algunos de las otras. Se puso fuego a un poblado, por negarse a obedecernos, al rey y a nosotros, en una isla vecina. Plantamos allá la cruz, porque esos pueblos eran gentiles. A haber sido moros, lo que hubiésemos plantado es una horca, en símbolo de más dureza, porque los moros son bastante más duros de convertir que los paganos.

A diario se trasladaba a tierra el capitán general, con objeto de oír misa y decía al rey muchas cosas concernientes a la fe. La reina, con mucha pompa, vino a oír misa en una ocasión también. Tres doncellas la precedían, portándole tres de sus sombreros en mano; iba ella vestida de blanco y negro, con un velo grande de seda a listas de oro, sobre el cabello, que se lo cubría enteramente, así como la espalda. Un buen grupo de mujeres la seguía, éstas todas desnudas y descalzas, fuera de que arrollábanse en torno a las partes vergonzosas un entretejido de palma, más un turbante que les ceñía el nacer de los esparcidos cabellos. Hecha la reverencia ante el altar, la reina ocupó un cojín recamado de seda. Antes de comenzar el Santo Sacrificio, asperjola el capitán, como a otras de sus damas también, con aguas de olor: nada las deleitaba de tal manera. Enterado el capitán de cuánto placía a la reina el Niño Jesús, se lo regaló, indicándole que sustituyera con él a sus ídolos, porque era en memoria del hijo de Dios. Aceptó, agradeciéndolo mucho. Un día, el capitán general, antes de la misa, hizo que vinieran el rey (con sus ropas de seda mejores) y los notables de la ciudad. El hermano del rey, padre del príncipe, llamábase Bendara; otro hermano del rey, Cadaio y algunos, Simiut, Sibnaia, Sicaca y

Maghelibe y muchos otros que dejó por no alargarme. Hizo que todos ellos juraran obediencia a su rey y le besaran la mano; después hizo que aquél jurara ser en todo momento fiel al rey de España; lo cual juró. Entonces, el capitán rindió su espada ante la imagen de Nuestra Señora, previniendo al rey de que, cuando se juraba así, antes se debía aceptar la muerte que romper el juramento y que él juraba así por aquella imagen, más por la vida de su soberano el emperador y por su hábito de caballero, corresponder hasta lo último a tal fidelidad.

Entregó entonces el capitán al monarca un trono de terciopelo encarnado, diciéndole que, doquiera se trasladara, hiciese que uno de los suyos cargase delante con él y explicole cómo. Repuso que obedecería de grado, por su amor y dijo al capitán que estaba terminando unas joyas que le regalaría él. Las cuales eran: dos aros muy grandes de oro para las orejas, dos brazaletes para fijar más arriba de las muñecas y otros dos cercos con que ceñir los tobillos, más otras piedras preciosas, para adornar las orejas también. Esos son los más bellos adornos que pueden usar los reyes de tales estados, pues van descalzos a perpetuidad y con sólo un pedazo de tela de cintura a rodillas.

Preguntó un día el capitán general al rey y a sus edecanes por qué razón no quemaban sus ídolos, según prometieran, habiéndose hecho cristianos y por qué se les sacrificaba aún tanta carne. Contestaron que no es que se contuviesen por ellos mismos, sino por un enfermo: por ver si los ídolos le volvían la salud. Pues eran cuatro días ya que no hablaba. Era hermano del príncipe y el más valiente y sabio de la isla. El capitán insistió en que se quemasen los ídolos y creyeran en Cristo: pues, si el enfermo se bautizaba, sanaría al punto y que, de no obedecer, les cortarían la cabeza.

Respondió entonces el rey que lo harían, pues creía en Cristo verdaderamente. Marchamos en procesión desde la plaza al hogar del enfermo, como mejor supimos y allí lo encontramos, que no podía ni moverse ni hablar. Bautizámosle, así como a sus dos esposas y a diez doncellas. Luego, el capitán le preguntó cómo se encontraba. Habló de repente y dijo que, por la gracia de Dios, bastante bien.

Ese fue un manifiestísimo milagro en nuestros tiempos. Oyéndole hablar, el capitán dio conmovidas gracias al Señor; dándole entonces una tisana que le había hecho preparar. Más tarde, envíole un colchón, un par de sábanas, una colcha de paño amarillo y una almohada y cada día, hasta que se repuso completamente, le mandaba tisanas, aguas de rosas, aceite rosado y algunas conservas de azúcar. Antes de los cinco días hallábase en pie; se ocupó en que echaran al fuego, delante del rey y de la población reunida, un ídolo que habían mantenido oculto ciertas viejas en su casa y ordenó, por último, que se destruyesen muchos tabernáculos de junto al mar, donde se solía comer la carne consagrada. Ellos mismos, gritando: "¡Castilla!", "¡Castilla!" los echaban por tierra; afirmando que, si Dios les daba vida, habrían de quemar cuantos ídolos hallaran, mal que hubiesen de registrarlos por la casa del rey.

Los tales ídolos son de madera, huecos y sin tallar en el reverso; tienen abiertos los brazos, hacia dentro los pies, las piernas separadas y desmesurado el rostro. Este, con cuatro dientes enormes, como de jabalí y la estatuilla entera, pintarrajeada.

Hay en esta isla muchas villas. He aquí sus nombres, como los de los señores de cada una: Cinghapola, con sus señores Cilaton, Cigubacan, Cimaningha, Cimatichat, Cimabul; Mandani, con su señor Apanovan; Lalan, con su señor Theteu; Lautan, con su señor Iapan. Además, otras: Cilumai y Lubucun. Todos ellos nos obedecían y nos daban víveres y tributos. Cerca de la isla de Zubu, por otra parte, había otra, Matan, en cuyo puerto precisamente, nos resguardábamos. La villa que incendiábamos estaba aquí y su nombre era Bulaia.

Interesaría a vuestra Ilustrísima Señoría conocer las ceremonias con que éstos bendicen el puerco. Antes que nada, golpean el aghon; traen después platos grandes: dos, con rosas y hojas de arroz y mijo --cocidas y revueltas, éstas-- y peces asados; el tercero, con paños de Cambaia y dos banderitas de palma. Uno de tales paños extiéndenlo en el suelo; vienen dos mujeres viejísimas, cada una con una especie de trompeta de caña en la mano. Colócanse sobre el paño extendido, saludan al sol y vístense los que quedaron en el plato último. Una se anuda a la frente un liencillo con dos cuernos, agita otro en la mano y, haciendo sonar su caña, baila y llama al sol; la otra toca también, teniendo en la mano libre una de las banderitas que trajeran. Bailan y llaman de esta forma, un poco, diciendo mil cosas para el sol, pero como entre sí. La primera, abandona el pañuelo para agitar ahora la banderita y las dos, haciendo sonar sus trompetas generosamente, bailan alrededor del cerdo atado. La de los cuernos siempre se dirige tácitamente al sol y le responde la otra. Después, a la de los cuernos, preséntanle una taza de vino y bailando y diciendo ciertas palabras, que la otra contesta, tras varias veces de fingir que se bebe el vino, lo derrama sobre el corazón del puerco. Y repetidamente, torna a bailar. Ponen en sus manos, entonces, una lanza. Agitándola y sin callar la boca nunca, sigue bailando -- como su compañera-- y, tras simular cuatro o cinco veces que va a clavar la lanza en el corazón del animal, con inesperada presteza lo traspasa, por fin, de parte a parte. Inmediatamente, se tapa la herida con hierbas. La que lo mató, metiéndole una antorcha encendida en la boca, que estaba ardiendo durante todo el ceremonial, la apaga. La otra, bañando la punta de su trompeta en sangre del cerdo, ensangrienta con el dedo, en primer lugar, la frente de su marido, luego las de los demás --aunque a nosotros no se nos acercaron nunca--; después, desvístense y se comen los manjares de aquellos platos que trajeran, convidando a las mujeres (a ellas solas).

El animal se desuella al fuego. Nadie más que las viejas pueden consagrar la carne del cerdo; ni la probarían, no habiéndolo sacrificado en aquella forma.

Estos pueblos andan desnudos, cubriéndose solamente las vergüenzas con un tejido de palmas que atan a la cintura. Grandes y pequeños se han hecho traspasar el pene cerca de la cabeza y de lado a lado, con una barrita de oro o bien de estaño, del espesor de las plumas de oca y en cada remate de esa barra tienen unos como una estrella, con pinchos en la parte de arriba; otros, como una cabeza de clavo de carro. Diversas veces quise que me lo enseñaran muchos, así viejos como jóvenes, pues no lo podía creer. En mitad del artefacto hay un agujero, por el cual orinan, pues aquél y sus estrellas no tienen el menor movimiento. Afirman ellos que sus mujeres lo desean así y que de lo contrario, nada les permitirían. Cuando desean usar de tales mujeres, ellos mismos pinzan su pene,

retorciéndolo, de forma que, muy cuidadosamente, puedan meter antes la estrella, ahora encima y después la otra. Cuando está todo dentro, recupera su posición normal y así no se sale hasta que se reblandece, porque de inflamado no hay quien lo extraiga ya. Estos pueblos recurren a tales cosas por ser de potencia muy escasa.

Tienen cuantas esposas desean, pero una principal. Cada vez que bajaba a tierra alguno de los nuestros, ya fuese de día, ya fuese de noche, sobaban los que le invitasen a comer y beber. Sus alimentos están sólo medio cocidos y muy salados; beben seguido y mucho, con aquellos canutos en las jarras y cada comida dura cinco o seis horas. Las mujeres nos preferían ampliamente sobre ellos. A todas, a partir de los seis años, se les deforma la natura por razón de aquellos miembros de sus varones.

Cuando uno de sus notables muere, dedícanle estas ceremonias. En primer término, todas las mujeres principales del lugar acuden a casa del difunto; en medio de ella aparece en su féretro el tal, bajo una especie de entrecruzado de cuerdas en el que enredaran un sinfín de ramas de árboles. En el centro de esas ramas, un gran lienzo de algodón forma como dosel y a su sombra se sientan las mujeres principales, todas cubiertas con sudarios de algodón blanco, mientras a cada una su doncella le hace aire con un abanico de palma. Las no principales se sientan, tristes, en torno a la cámara mortuoria. Después, una cortaba el pelo del muerto, despacio, con un cuchillo. Otra --la que fue su mujer principal-- yacía sobre él y juntaba su boca y sus manos y sus pies a los del cadáver. Cuando aquélla cortaba el pelo, ésta plañía y, cuando dejaba de cortar, ésta cantaba. En varias partes de la habitación había muchas vasijas de porcelana con fuego y encima, mirra, estoraque y benjolí, que perfumaban la casa ampliamente. Tuvieron el cadáver allí cinco o seis días, con tantas ceremonias --creo que impregnado de alcanfor--; luego, lo enterraron en el féretro mismo, cerrado con clavos de madera en un cobertizo rodeado por una empalizada.

En esta ciudad, más o menos a la medianoche --pero todas--, aparecía un pájaro negrísimo, grande como un cuervo, y no empezaba aún a volar sobre las casas, que graznaba ya. Con lo que ladraban todos los perros. Sus graznidos oíanse cuatro o cinco horas, y jamás quisieron explicarnos la razón.

El viernes 26 de abril, Zula, señor de la isla de Matan, envió a uno de sus hijos para que se presentase ante el capitán general con dos cabras; y diciéndole que él hubiese querido rendir entero su tributo, pero que el otro señor de allá, Celapulapu, negábase a obedecer al rey de España, y no lo había completado. Y que, la noche siguiente, le mandara una sola lancha llena de hombres, pues él cooperaría en el combate. El capitán general decidió ir en persona, con tres embarcaciones. Le suplicamos reiteradamente no viniera, pero él, buen pastor, negábase a abandonar a su rey. A medianoche, partimos sesenta hombres, armados con coseletes y celadas, junto al rey cristiano, los príncipes y algunos poderosos, más veinte o treinta balangai; llegamos a Matan tres horas antes del amanecer. No quiso el capitán combatir desde el primer momento; antes ordenó advertirles, por el moro, que, si querían obedecer al rey de España, y reconocer al rey cristiano como su señor, pagándonos además el tributo, sería él su amigo; mas de lo contrario, que aguardasen a saber cómo herían nuestras lanzas. Respondieron que, si nosotros

disponíamos de lanzas, las de ellos, de caña, habían ardido en el incendio, como sus armas todas; y que no empezásemos el asalto entonces, pues era mejor aguardar a que rompiese el día, que iban a ser más gente.

Lo cual proclamaban a fin de que emprendiésemos su persecución, pues habían cavado fosas detrás de las viviendas y querían hacernos caer allí. Hecho el día, saltamos al agua --nos llegaba al muslo-- cuarenta y nueve hombres sólo y avanzamos más de dos tiros de ballesta hasta alcanzar la playa. Las lanchas no pudieron avanzar de ninguna forma por los pedruscos a flor de agua casi. Los otros once hombres quedaron a su cuidado. Cuando alcanzamos la tierra, aquella gente había conseguido reunir tres batallones con más de mil quinientos indígenas. Cuyos tres, de pronto, al oírnos, abalanzáronse hacia donde estábamos con fortísimas voces, uno por cada flanco, de frente el otro. Cuando se percató de esto el capitán, dividieron en dos grupos, y así dio comienzo la refriega. Los escopeteros y ballesteros tiraron desde demasiado lejos, cerca de media hora en vano, traspasándoles sólo los escudos, hechos de tabla delgadísima, y los brazos. El capitán gritaba: ¡No disparéis! ¡No disparéis!, mas no le valía de nada. Cuando vieron los otros que las balas no los herían, determináronse a insistir, y arreciaban en sus gritos. En el momento de cada descarga, no la aguardaban quietos, sino con saltos de acá para allá; a cubierto de sus escudos, disparábanos tantas flechas, tantas lanzas de caña (sobre el capitán general, alguna de hierro), tantas jabalinas endurecidas al fuego, piedras y fango, que apenas nos podíamos defender.

Ante ello, comisionó el capitán a algunos, para que les incendiasen las casas y asustarlos. Cuando vieron que sus casas ardían, su ferocidad se redobló. Próximos a tal hoguera, caían para siempre dos de los nuestros; conseguimos que aquella alcanzase a veinte o treinta viviendas, lo más. Pero atacaron tanto, en ese punto, que una flecha envenenada traspasó la pierna derecha del capitán. Por lo que éste ordeno que nos retiráramos poco a poco; pero la mayoría huyó en desbandada. Así que seis u ocho solamente permanecemos junto al capitán.

No nos disparaban alto, sino a las piernas, por llevarlas desnudas. Y no podíamos resistir, ante un aluvión de lanzas y piedras como aquél. Las bombardas de las naos eran incapaces de prestarnos ayuda, por la distancia, así que hubimos de replegarnos más de un tiro de ballesta dentro del agua, que nos alcanzó ya a la rodilla, sin dejar de combatir. Ni de perseguirnos ellos: que llegaban a recoger hasta cuatro o seis veces la misma lanza, para enviárnosla nuevamente. Conociendo al capitán, tanto se concentró su ataque en él, que por dos veces le destocaron del yelmo. Pero, como buen caballero que era, sostúvose con gallardía. Con algunos otros, más de una hora combatimos así, y rehuyendo retirarse, un indio le alcanzó con una lanza de caña en el rostro. Él, instantáneamente, mató al agresor con la suya, dejándosela recta en el cuerpo; metió mano, pero no consiguió desenvainar sino media tizona, por otro lanzazo que cerca del codo le dieran. Viendo lo cual, vinieron todos por él, y uno, con un gran terciado --que es como una cimitarra, pero mayor--, medio le rebañó la pierna izquierda, derrumbándose él boca abajo. Llovieron sobre él, al punto, las lanzas de hierro y de caña, los terciarazos también, hasta que nuestro espejo, nuestra luz, nuestro reconforto y nuestro guía inimitable cayó muerto. Mientras le herían, volviose algunas veces aún, para ver si alcanzábamos las lanchas

todos; después, viéndole ya cadáver, heridos y lo mejor que nos cupo, alcanzamos aquéllas, que huían ya. El rey cristiano nos hubiese prestado ayuda; pero, antes de desembarcar, hábale encargado nuestro jefe que bajo ningún pretexto abandonara su balangai, sino que observase cómo combatíamos. Cuando el rey supo su fin, lloró. A no haber sido por ese pobre capitán, ninguno de nosotros se hubiese salvado en las lanchas; porque, gracias a su ardor en el combate, fue como las pudimos alcanzar. Fíó mucho en Vuestra Señoría Ilustrísima porque la fama de capitán tan generoso no se extinga con nuestros tiempos. Entre las otras virtudes que concurrían en él, era la más permanente --a través de avatares bien apretados-- su fortaleza para resistir el hambre mejor que todos, así como que conocía las cartas náuticas y navegaba como nadie en el mundo. Y se verá la verdad de esto abiertamente, ya que ninguno se ingenió ni se atrevió hasta conseguir dar una vuelta a ese mundo según él ya casi la había dado. La batalla se desarrolló el sábado 27 de abril de 1521 (el capitán quiso librarla en sábado por ser el día más de su devoción). Fueron muertos con él ocho de nuestros hombres, y cuatro indios ya bautizados: éstos, por las bombardas de las naves, que en plena refriega acercáronse a prestar ayuda. Y, de los enemigos, quince sólo; contra, además, muchos heridos nuestros. Después del yantar, envió el rey cristiano a inquirir --con nuestro consentimiento-- cerca del de Matan si no querían entregar el cuerpo del capitán con los de los otros caídos: que, a cambio, se les daría cuanta mercancía apeteciesen. Respondieron que no se entregaba tal hombre, como pensábamos, y que no lo devolverían por la mayor riqueza del mundo; antes querían conservarlo, para su memoria.

Apenas murió el capitán, los cuatro hombres que teníamos en el poblado para la adquisición de víveres hicieron subir éstos a bordo. Nombramos después dos gobernadores: Duarte Barbosa, portugués, pariente del capitán y Juan Serrano, español. Nuestro intérprete, que se llamaba Enrique, por haber resultado ligeramente herido, no bajaba ya a tierra para resolver las cosas necesarias, sino que solía permanecer tumbado bajo una tolda. Por lo que Duarte Barbosa, gobernador de la nao capitana, le reprendió a gritos, advirtiéndole que no por la muerte de su señor, el capitán, quedaba libre, sino que ya se encargaría él de que, apenas de regreso en España, pasase a servir a doña Beatriz, mujer del capitán general; amenazole con que, si no bajaba a tierra, había de mandarlo azotar. Levantose el esclavo, pareciendo obedecer a tales palabras, y bajó a tierra a transmitir al rey cristiano que querían marcharse pronto. Pero que, si querían concertarse con él, él se apoderaría de los barcos y de la carga toda; de manera que organizaron una traición. El esclavo volvió a bordo, aparentemente más activo que antes.

El miércoles por a mañana, 1 de mayo, mandó el rey cristiano notificar a los gobernadores que tenía a punto ya las joyas que prometiera enviar al rey de España, con la súplica de que almorzasen con él, acompañados por otros caballeros, pues se las daría. Veinticuatro hombres bajaron a tierra; entre ellos, nuestro astrólogo, que se llamaba San Martín de Sevilla. Yo no pude bajar, por seguir vendado de resultas de una flecha envenenada que recibí en la frente. Juan Carbalho, con el preboste, volvió a poco, diciéndonos que habían visto cómo aquel hermano del príncipe que sanara casi de milagro se llevaba hacia su casa al sacerdote... Y que sospecharon algún mal. No había terminado sus palabras, cuando oímos grandes gritos y lamentos. Levamos anclas con rapidez y, disparando sobre el poblado muchas bombardas, fuimos hacia tierra; y,

mientras nuestro fuego, vimos a Juan Serrano en camisa, atado y herido que nos gritaba no tirásemos más, o lo matarían. Preguntámosle si todos los demás habían muerto, y contestó que todos, a excepción del intérprete. Suplicaba una y otra vez que lo rescatáramos con la entrega de cualquier mercancía, pero Juan Carvalho, su compadre, no quiso --y tampoco los portugueses, en afán de ser sus propios dueños-- tocar tierra. Sin cesar de plañir, nos repitió Juan Serrano que, aún no habríamos desplegado velas, ya sería él muerto. Y que rogaba a Dios que, en el día del juicio, demandase su alma a Juan Carvalho, su compadre. Zarpamos, sin más. No sé si quedó muerto o vivo. Hay en aquella isla perros, gatos, arroz, mijo, harina, soja, jengibre, higos, naranjas, limones, caña de azúcar, ajos, miel, cocos, duriones, azúcar, carne de varias especies, vino de palma y oro. Es isla grande, con un buen puerto con dos entradas: a poniente y a greco-levante. Está en los 10 grados de latitud del Polo Ártico, en los 164 de longitud de la línea de partición, y se llama Zubu. En ella, antes de la muerte del capitán, conseguimos precisiones sobre Maluco. Sus habitantes tocan una viola con cuerdas vegetales.

A dieciocho leguas de distancia de aquella isla de Zubu, apenas resguardándonos en otra que llaman Bohol, incendiamos, antes de abandonar el archipiélago, la Concepción, porque era ya poquísimos gente para tres, luego de acumular en las otras lo más útil. Enfilamos más tarde el Sur-Sureste, costeando una isla por nombre Panilonghon, en la que los hombres son negros como etíopes. Arribamos después a cierta isla grande, cuyo rey, para concertar paces con nosotros, extrájose sangre de la mano izquierda, untándose con ella después el cuerpo, la cara y el techo de la lengua, en símbolo de insuperable amistad. Igual hicimos, por corresponder, nosotros. Sólo yo bajé con dicho rey a tierra, para conocer la isla. Llegamos inesperadamente a un río, muchos pescadores ofrendaron su pesca al rey, pero éste, sin demora, despojose del taparrabos que le cubría, y, en compañía de sus notables, comenzaron todos a bogar entre canciones y cruzamos ante muchas viviendas que se asomaban a aquel río. A las dos de la mañana, alcanzamos la suya. Desde la desembocadura del río --donde las naos-- hasta la casa del rey mediaban dos leguas.

Entrando en tal casa, saliéronnos al encuentro con muchos hachones de caña y de hojas de palmera. Hachones, que ardían con resina, como ya antes se explicó. Hasta que trajeron la cena, el rey, con un par de jerarcas y dos de sus esposas, muy bellas, bebieron un gran odre de vino de palma, sin consumir bocado alguno. Alegando haber cenado antes, yo no quise beber más que una vez. Al hacerlo, realizaban todos las mismas ceremonias del rey de Mazana.

Vino después la cena, de arroz y pescados saladísimos, sobre escudillas de porcelana. El arroz les servía de pan. Lo cuecen de la siguiente forma: primero meten en una olla de barro como las nuestras una hoja lo suficientemente amplia para que forre todo su interior; después, vierten el agua, y el arroz --abundantísimo, desproporcionado--; dejan que éste hierva, hasta que, sin agua, tórnese duro, y extraen esa masa sólida a pedazos. En todas estas partes cuecen el arroz igual.

Apenas comidos, ordenó el rey que trajeran una esterilla de cañas, otra de palma y un

cojín de hojas, para que yo durmiese. El rey, en compañía de sus dos esposas, fue a hacerlo en un lugar apartado, y en compañía siempre de uno de sus dos magnates. Llegado el día, y mientras preparaban qué comer, recorrí aquellas tierras. Abundaba por las chozas más el oro que los alimentos. Almorzamos arroz y pescado, nuevamente. Tras ello, indiqué al rey por ademanos que deseaba saludar a la reina; respondió que lo agradecía. Subimos juntos hasta lo alto de un monte, donde se encontraba la habitación de la reina. Al entrar, me incliné en una profunda reverencia, y ella --por mí-- lo mismo. Senteme a su lado: entreteníase en la confección de una estera de palma, de las para dormir. Abundaban en el interior de la vivienda las vasijas de porcelana, más cuatro láminas de metal, una mayor que todas y dos muy reducidas, de aquellas que se golpean. Vi alrededor también a muchas esclavas y esclavos de su servicio. Las casas de aquí eran por el estilo de las descritas páginas atrás. Obtenida la licencia, regresamos a la del rey. Me obsequió él entonces con una colación de caña de azúcar. Lo que en esta isla abunda más es el oro; me enseñaron ciertas vallas, en cuyo terreno, acotado, notificáronme que abundaba tanto aquel como el pelo en sus cabezas. Pero no disponían de hierros para cavar, ni acaso les interesaba, por desidia.

A primera hora de la tarde, quise volver a la nao, y acompañome el rey, con sus nobles, por lo que el mismo balangai nos devolvió. Desandando el río, vi en la orilla derecha a tres hombres, clavados a un árbol al que faltaban las ramas enteramente. Pregunté al rey quiénes eran, y díjome que malhechores y ladrones. Andan estos pueblos tan desnudos como los de antes. El rey se llama rajá Calanao. El puerto es bueno, y por aquí se encuentra arroz, jengibre, cerdos, cabras, gallinas y otras cosas. Está en los ocho grados de latitud del Polo Ártico, y en los 167 de longitud de la línea de partición; a cinco leguas de Zubu, y por nombre, Chipit. A dos días de cuya isla, en dirección mistral, encuéntrase otra muy grande llamada Lozon, en la que cada año tocan de seis a ocho "juncos" de los pueblos lequíes.

Saliendo de aquí entre el poniente y el garbino, dimos sobre una isla muy grande y casi deshabitada. Sus gentes son moras, y eran bandidos de otra isla llamada Burne. Van desnudos como los otros, y disponen de cerbatanas, con carcajes al lado llenos de flechas envenenadas; así como de puñales, en cuyos mangos adornos de oro y piedras preciosas. Y lanzas, rodelas y petos de asta de búfalo. Nos llamaban "cuerpos santos". En esa isla hay pocos alimentos, pero sí árboles enormes. Está en los 7 1/2 grados de latitud del Polo Ártico, a cuarenta leguas de Chipit, y la nombran Caghain.

Veinticinco leguas más al poniente-mistral, avistamos nuevos países y amplios, donde abundan el arroz, el jengibre, los cerdos, cabras, gallinas, higos (largos como medio brazo y como medio brazo gordos). Son excelentes, pero algunos, de a palmo y pico, superan a todos los demás. Hay también cocos, patatas, caña de azúcar, raíces que saben igual que nabos, y arroz cocinado bajo fuego, entre cañas o maderas. Podría a ésta designársela como la tierra de promisión, porque antes de verla padecimos hambre indecible. Más de una vez estuvimos a punto de abandonar las naves bogando hacia tierra, por no morir de necesidad. Concertó el rey paces con nosotros, dándose con uno de nuestros cuchillos un pequeño corte en el pecho, y manchándose con la sangre lengua y frente, en signo de paz muy verdadera; imitámosle nosotros. Esta isla ocupa los 9 1/3 grados de latitud en el Polo

Ártico y los 171 $\frac{1}{3}$ de longitud desde la línea de partición. Se llama Pulaoan. Estos pueblos de Pulaoan van desnudos como los otros. En general, trabajan sus campos, tienen cerbatanas con flechas de madera más de un palmo de anchas, dándoles la forma de arpón con espina de pescado y con caña otras veces, pero sin olvidar nunca su veneno. En lugar de plumas, ostentan ramaje tierno sobre la cabeza. Y a la base de sus cerbatanas se adapta un janetón, con el que combaten en el momento en que se les terminan las flechas.

Les encantan los anillos, las cadenas de latón, campanillas, cuchillos, y más aún los hilos tejidos para atar sus anzuelos de pesca. Poseen gallos grandes, domésticos, que no comen por una veneración muy particular: aunque suelen hacerlos reñir entre sí. Y cada uno apuesta por su gallo, que, si se da el caso de que venza, el premio es para él. Beben vino de arroz, destilado, más abundante y mejor que el de palma.

A diez leguas de esa isla por el garbino, nos enfrentamos con otra, costeano la cual teníamos la impresión de ascender. Penetrando en su puerto, apareciéndonos el Cuerpo Santo, después de mucho de no verle. Cincuenta leguas hay desde el principio de esta isla hasta el puerto. Al día siguiente, nueve de julio, su rey nos destacó un prao muy hermoso, con la proa y la popa trabajadas en oro; sobre aquella, una bandera blanca y azul, empavesada de plumas.

A bordo, tocaban unos cuantos las zamponas y el tamboril. Acompañaban al prao dos almadías, aquel lo tallan en un solo tronco, y las almadías son sus barcas de pesca. Ocho viejos, de sus principales, subieron a nuestra nao, sentándose a popa sobre un tapiz. Presentáronnos una jarra llena de pinturas, conteniendo betrel con areca (que es el fruto que siempre mascan), más flores de jazmín y naranjo; cubierta tal jarra con un pañuelo de seda amarillo; más dos jaulas abarrotadas de gallinas, un par de cabras, tres odres de arroz destilado y algunos haces de caña de azúcar. Y lo mismo, a nuestra otra carabela. Pidieron licencia, después de abrazarnos. El vino de arroz es transparente como el agua, pero de tal graduación, que se emborracharon muchos de los nuestros. Lo llaman arach. A los seis días, envió el rey de nuevo tres praos con mucha pompa, sonando las zamponas, los tamboriles y placas de latón. Rodearon las naves, y nos saludaban alzando ciertas pequeñas boinas de tela que suelen usar, las cuales les cubren el occipucio solo. Contestamos con salvas de nuestra artillería. Después, nos entregaron como ofrenda diversos víveres, condimentados sólo con arroz: unos, sobre hojas, consistentes en rebanadas anchas. Otros, en tortas de huevo y miel. Advirtiéronnos que a su rey le honraba que nos aprovisionásemos de agua y leña, así como se hiciesen sin traba nuestras compras.

Oyendo lo cual, comisionamos a siete de nosotros a bordo del prao con presentes para el rey: que eran una túnica de terciopelo verde a la turca, una poltrona de terciopelo morado, cinco brazadas de paño rojo, una barretina, un vaso dotado, un ánfora de cristal con tapón, tres cuadernillos de papel y un tintero -dorado, igualmente-; para la reina, tres varas de paño amarillo, un par de zapatos plateado, un alfilerero de plata lleno de agujas; para el gobernador, tres varas de lienzo rojo, una barretina y un vaso dorado; para el rey de armas, esto es, el que vino en el prao y habló, una túnica de paño encarnado y verde, a estilo turco también, una barretina y un cuadernillo de papeles. Y, para los otros notables,

a quién paños, a quién barretinas, a quién más cuadernillos para escribir. Partieron, sin más.

Cuando nos dirigimos a la ciudad, hubo que aguardar en el prao cerca de dos horas, hasta la llegada de dos elefantes con gualdrapas de seda, en compañía de doce hombres, cada uno con una vasija de porcelana -cubierta de seda, lo mismo-, que traía nuestros obsequios. Montamos en los elefantes, y nos precedieron aquellos doce hombres con su carga. Tal fue el camino, hasta la casa del gobernador, donde nos sirvió éste una cena de muchos platos. Dormimos aquella noche sobre colchonetas de algodón; su colcha era de tafetán, y las sábanas, de Cambaja.

CAPITULO III

Al día siguiente, permanecemos en casa hasta el mediodía; luego, nos acercamos al palacio del rey a lomos de elefantes, y con los obsequios ante nosotros, como en el atardecer anterior. Así, hasta el palacio real. Aparecían todas las calles repletas de hombres con espadas, lanzas y escudos, según el rey lo ordenó.

Siempre sobre los elefantes, pisamos el patio del palacio, más tarde, a pie, una escalera - en compañía del gobernador y de otros jefes-, hasta penetrar en una sala grande, llena de muchos nobles, donde se nos acomodó sobre unas esteras, dejando cerca las vasijas con nuestros obsequios. Al fondo de esta sala recaía otra más alta, aunque menor, adornada enteramente por reposteros de seda, en la que abríanse dos ventanas con cortinas de brocado por las que penetraba la luz. Trescientos peones, con las espadas desnudas sobre el muslo, formaban allí la guardia del rey. Y enfrente, distinguíase una segunda abertura, cuya cortina de brocado recogiose pronto.

Vimos allá al rey, sentado a una mesa con un hijo suyo muy niño, mascando betrel; detrás, sólo sus mujeres. Aína, uno de los nobles, nos informó de que no podíamos hablar con el monarca, y que, si queríamos alguna cosa, se la dijésemos a él, quien debería retransmitirla en tal caso a otro más noble, éste a un hermano del gobernador -quien había pasado a la sala más pequeña ya-, y el gobernador, por penúltimo, la repetiría a través de una cánula que cruzaba la última pared a alguien que estaba con el rey dentro. Y nos mostró cómo debíamos hacer ante éste las tres reverencias: juntando, en cada una, sobre la cabeza las manos, y no besándonoslas después hasta haber alzado primero un pie y luego el otro. Así fue hecho, por ser aquella su reverencia real.

Le expusimos que éramos del rey de España, quien nos mandó a concertar paces, y que no pretendíamos otra cosa que poder traficar. Hizo el rey que nos dijese que, puesto que el rey de España quería ser amigo suyo, él le hacía feliz serlo del de España; y que tomáramos agua y leña de sus estados, comerciando a nuestro gusto, además. Dímosle los presentes: ante cada uno, medio iniciaba una reverencia.

Había para todos nosotros brocatel y lienzo con oro y seda, que colocaron sobre nuestro

hombro izquierdo, aunque retirándolos al punto. Sirvieron una colación de clavo y canela; y volvieron a correr la cortina y a cerrar las ventanas.

Todos los varones que vimos en palacio cubrían sus vergüenzas con telas bordadas en oro o en seda; llevaban dagas con empuñadura de oro y adornos de perlas y piedras preciosas, y sortijas a profusión.

Siempre sobre los elefantes, regresamos a casa del gobernador, precedidos ahora por sólo siete hombres con nuestros regalos.

Una vez allá, dieron a cada cual los suyos, poniéndonoslos otra vez sobre el hombro izquierdo; y nosotros, a cada cual, un par de cuchillos para compensarles el azacaneo aquel. Aparecieron en casa del gobernador nueve hombres con otras tantas hondas bandejas de madera, de parte del rey. Contenía cada una diez o doce escudillas de porcelana, llenas de carne de ternero, de capones, gallinas y otros animales, así como pesca. Cenamos en tierra, sobre una esterilla de palma, de treinta a treinta y dos platos diferentes de carne, sin contar los pescados y otras cosas. A cada bocado, nos bebíamos una copita de aquel vino destilado; copitas de porcelana, y no mayores que un huevo. El arroz y los demás alimentos dulces los tomábamos con unas cucharillas de oro de la misma forma que las europeas.

Donde dormimos esas dos noches lucían perpetuamente dos hachones de cera blanca, rematando sendos candelabros de plata más bien altos, así como dos lámparas grandes, llenas de aceite y con cuatro mechas cada una; dos hombres hallábanse al cuidado de despabilarlas.

Los elefantes volvieron, para conducirnos a la orilla del mar; de allí, en dos praos, nos dirigimos hacia las carabelas.

Está construida esa ciudad, toda, sobre agua salada, fuera de la casa del rey y las de algunos nobles; y suma veinticinco mil fuegos. Las casas son de madera, en lo alto de estacas fuertes y durante la marea alta, las mujeres cruzan en pequeñas embarcaciones para vender o comprar víveres. Ante la casa del rey, álzase un muro de ladrillos, grueso y con barbacanas, como fortaleza; y, sobre él, cincuenta bombardas de metal y seis de hierro. Durante los dos días que estuvimos allí dispararon muchas.

Aquel rey es moro y por nombre Siripada. Tenía cuarenta años y estaba gordo. No le sirven y cuidan más que mujeres, hijas de sus notables. Jamás abandona su palacio, salvo para ir de caza; nadie le puede hablar sino a través de un canuto. Rodéanle diez escribanos, que pasan su asunto a unas delgadísimas cortezas de árbol. A éstos los llaman xiritoles.

En la mañana del lunes 29 de julio vimos venir hacia nosotros más de cien praos, divididos en tres agrupaciones, con otros tantos tungulis, que son sus barcas pequeñas. Ante esto, y con la sospecha de que se tratara de cualquier engaño, hicímonos, lo más velozmente posible, a la vela; tan velozmente, que abandonamos un ancla. Mas temíamos

aún vernos cercados entre una gran cantidad de juncos que habían anclado a nuestras espaldas el día anterior...

Así, que nos revolvimos con rapidez sobre éstos y apresamos a cuatro, matando a muchos de sus ocupantes. Tres o cuatro consiguieron huir. Iba en uno de los apresados el hijo del rey de la isla de Lozón. Era éste capitán general del rey de aquí, de Burne, y acudía con sus juncos desde una villa grande, que llamaban Laoc, que está en un extremo de esta isla encarado hacia Java Mayor. El rey de Burne arruinaría y saquearía antes tal villa porque obedecía al de Java Mayor, en lugar de a él.

Juan Carvajo, nuestro piloto, dejó libre a este capitán y su junco sin nuestro consentimiento, por cierta cantidad de oro, según después supimos. A no haberlo hecho, nos habría pagado el capitán cuanto se le pidiera, porque le tenían mucho por allá, pero mucho más por los gentiles, por cuanto estaba él al servicio del rey moro. Porque hay en aquel puerto otra ciudad, de gentiles ésta y mayor que la del moro donde estuvimos. Edificada sobre el agua también, andan siempre los dos pueblos en combate por la posesión total del puerto. El rey gentil es tan potente como su colega el moro, mas no tan soberbio. Se le convertiría con facilidad a la fe de Cristo.

El rey moro, cuando le dijeron de qué modo habíamos tratado a los juncos, nos envió a advertir, por uno de los nuestros que quedaron en tierra, que los praos no venían para perjudicarnos en absoluto, antes aparejaronse contra los gentiles; y como prueba de su afirmación, le enseñaron algunas cabezas degolladas, repitiéndole que eran de gentiles. Enviamos a decir al monarca que tuviese a bien consentir el regreso de los dos hombres que habían bajado a tierra para traficar, así como al hijo de Juan Carvalho (que había nacido en las tierras del Verzin), pero se negó. Culpa de Juan Carvalho, precisamente, por dejar libre a aquel capitán.

Nos quedamos con dieciséis hombres de los principales, para traerlos a España y tres mujeres en nombre de la reina de España también; pero Juan Carvalho las usó como suyas.

Sus barcos de importancia son los juncos, contruidos de la siguiente manera: su fondo queda casi dos palmos sobre el nivel del agua, y es de tablas con clavos de árbol -bastante bien hecho-; corona esa armazón un plano contrapesado de cañas gordísimas, capaz de sostener tanto utillaje como una carabela. Su arboladura es de caña también y de corteza vegetal el velamen.

La porcelana sale de la tierra blanquísima, tras haber permanecido allá cincuenta años antes de su rematado; de esta forma, no sería tan fina. La entierra el padre para el hijo. Si se vierte veneno en una jarra de porcelana, se rompe al punto. Las monedas que en estas partes usan los moros son de metal, agujereadas en el centro para poderlas ensartar, y sólo constan en ella cuatro signos en una de las caras: son letras del gran rey de China y las llaman picis.

Por un chatil de plata viva, que equivale a dos libras de las nuestras, dábannos seis

platos de porcelana; por un quintero de plata, cien picis; por ciento sesenta chatiles, un jarroncito de porcelana; por tres cuchillos, un odre de porcelana; por cierto sesenta chatiles de metal, un bahar de cera -que son doscientos tres chatiles-; por ochenta chatiles de metal, un bahar de sal; por cuarenta chatiles de metal, un bahar de resina para calafatear las naves... Pues por aquí alquitrán no se encuentra.

Veinte tahiles constituyen un chatil. Aprecian por encima de todo el metal, la plata viva, el vidrio, el cinabrio, los paños de lana, telas y nuestras demás mercancías; pero, especialmente, el hierro y los anteojos. Van estos moros tan desnudos como cuantos vimos hasta ahora, y se beben la plata viva. Los enfermos, para purgarse; los sanos, para seguir sanos.

El rey de Burne posee dos perlas del tamaño de los huevos de gallina, y tan redondas que no pueden quedar quietas sobre una mesa y sé esto certísimo porque, cuando le llevamos los obsequios, se le indicó por señas que nos le mostrara; y dijo que lo haría. Días después, algunos jefes nos confesaron haberlas visto ellos.

Adoran estos moros a Mahoma y sus leyes: no comer carne de cerdo; limpiarse el culo con la mano izquierda; no comer con ésta; con la derecha, en cambio, no tomar cosa alguna; sentarse cuando orinan; no matar gallina ni cabra sin hablar antes con el sol; cortar a las gallinas las puntas de las alas, así como las pellejillas que les cuelgan y las patas, descuartizándolas después -primero, de arriba abajo-, lavarse la cara con la mano derecha; no lavarse los dientes con los dedos, y no comer ningún animal no muerto por ellos mismos. Están todos circuncidados, como los judíos.

Crece en aquella isla el alcanfor, especie de bálsamo que brota entre los árboles; su piel es tan tenue como la de las cebollas. Si se la deja descubierta, poco a poco esfúmase en nada. La llaman capor. Prodúcese también la canela, jengibre, mirabolanes, naranjas, limones, chácaras, melones, cocos, calabazas, rábanos, cebollas, escarboños, vacas, búfalos, puercos, cabras, gallinas, ánsares, ciervos, elefantes, caballos y otras cosas. Es una isla tan grande que se tarda tres meses en circundarla en un prao; hállase en los 5 1/4 grados de latitud del Polo Ártico, y en los 176 2/3 de longitud desde la línea de partición; y se llama Burne.

Al abandonar esta isla, volvimos atrás, en busca de cualquier puerto donde carenar las naves que hacían agua. Una, por poca atención de su piloto, rozó ciertos bajos de una isla que llaman Bibalon; pero con la ayuda de Dios, conseguimos rescatarla. Uno de sus marineros se ingenió para alumbrar una candela en un barril lleno de pólvora para las bombardas: al retemblar la nao con el estallido, quedó libre. Siguiendo nuestra ruta, nos apoderamos de un prao lleno de cocos, que se trasladaba a Burne. Los hombres huyeron hacia un islote. Mientras capturábamos aquel, otros tres huyeron, hasta perderse tras un montón de arrecifes.

Entre el último espolón de Burne y una isla llamada Cimbonbon -que se encuentra a los ocho grados y siete minutos- hay una ensenada perfecta para carenar naves; con lo que

allá nos metimos, y, por no disponer de los elementos necesarios para nuestra tarea, se invirtieron cuarenta y dos días.

En ellos nos fatigamos todos, quién por una labor, quién por otra; aunque nuestro esfuerzo principal lo recababa el tener que ir por leña al bosque descalzos. Hay allá cerdos salvajes; desde un esquite matamos uno, mientras nadaba de una isla a otra. Tenía una cabeza de dos palmos y medio de grande, y largos los dientes. También abundan los cocodrilos desmesurados, así de tierra como de mar, ostras y crustáceos de especies varias. La carne de dos de esos moluscos llegó a pesar, respectivamente, veintiséis libras y cuarenta y cuatro. Sacamos un pez con la cabeza como un cochino y dos cuernos; su cuerpo tenía un hueso sólo, con un bulto en la espalda en forma de silla de montar, y pequeño. Hay también árboles cuyas hojas, al caer, están vivas y andan. Son hojas aproximadamente como de moral, aunque menos largas. Encuéntranse también pedúnculos por todas partes; el pedúnculo tiene sólo dos patas, es corto y puntiagudo, carece de sangre y huye cuando alguien choca con él. Durante nueve días tuve a uno guardado en una caja. Cuando la abría, daba vueltas en torno a ella. Pienso que no viven sino del aire.

Habiéndonos ido de aquella isla, o sea, de su puerto, en el cabo de la de Pulaoan, nos tropezamos con un junco que venía de Burne, en el que viajaba el gobernador de esa Pulaoan que menciono. Advertímosle por gestos que arriara velas; pero negándose él, detuvimoslo contra su voluntad y lo saqueamos. Si el gobernador quería quedar libre, debía darnos, en el término de siete días, cuatrocientas medidas de arroz, veinte cerdos, veinte cabras y ciento cincuenta gallinas. Diolas, y además cocos, higos, caña de azúcar, odres de vino de palma y otras cosas. Apreciando su liberalidad, devolvimosle entonces algunos de sus puñales y arcabuces; regalámosle una bandera, una veste de damasco amarillo y veinticinco varas de paño. Y a un hermano suyo, una túnica verde y otras cosas.

Nos apartamos de él amigos, retrocediendo nuevamente entre la isla de Caghaian y el puerto de Chipit, haciendo rumbo de un cuarto de levante hacia el siroco, para acometer el de Moluco. Cruzamos entre puntiagudos arrecifes, a cuyo alrededor encontrábase lleno de hierbas el mar, sobre un fondo exagerado. Al cruzar por ahí nos daba la impresión de ir metiéndonos en otro mar. Dejando Chipit al levante, encontramos otras dos islas, Zolo y Taguina, al otro lado, junto a las que nacen las perlas. Las dos del rey de Burne las encontraron aquí, y según me refirieron, llegaron a su poder del siguiente modo: habiéndose casado aquél con una hija del rey de Zolo, le explicó ésta que su padre las tenía. Entonces, decidido a poseerlas como fuese, apareció una noche en Zolo con quinientos praos, apoderose del rey y de dos de sus hijos, y condújolos a Burne. Si quería la libertad, debería entregarle las perlas.

Después, rumbo Nordeste 1/4 de Este, avistamos dos pueblos reducidos, por nombre Canit y Subanin, más una isla habitada (Monoripa) a diez leguas de los escollos. Las gentes de ésta tienen sus casas en barcas, que no habitan otra. En aquellos dos poblados de Canit y Subanin, que se hallan en la isla de Butuan y Calaghan, nace la mejor canela que en ninguna parte se encuentre. Detuvimosnos dos días, volviendo a carenar las naves;

mas, por soplar buen viento y deber doblar un cabo y ciertos arrecifes próximos, no quisimos entretenernos y desplegar velas, no sin antes cambiar diecisiete libras de la mentada especie por algunos cuchillos de que despojáramos al gobernador de Pulaoan. El tronco de esa canela es de tres o cuatro codos de alto, y con el espesor de un dedo. Tiene muy escasas ramitas, con hojas como de laurel; pero el tronco es la canela. Recoléctase dos veces al año; tan fuertes como la canela resultan el tronco y las hojas, en pleno verdor. La llaman caiumana; caiu significa tronco, y mana, dulce. Esto es, "tronco dulce". Enfilando el rumbo del greco, y hacia una ciudad grande por nombre Maingdanao, la cual está en la isla de Baluan y Calaghan, para obtener alguna nueva de Maluco, nos apoderamos por la fuerza de un biguidai (como un prao) y matamos a siete de sus hombres. Iban solamente dieciocho, tan fornidos como por esta zona viéramos; todos de los principales en Maingdanao. Uno de ellos nos dijo ser hermano del rey de ahí, y que sabía dónde se encontraba Maluco. Por lo que abandonamos el rumbo del greco por el del siroco.

En un cabo de aquella isla de Baluan y Calaghan, por las riberas de un río, encuéntrase hombres peludos, grandes combatientes y arqueros; manejan espadas de un palmo de largo únicamente, y sólo se comen el corazón de sus enemigos, crudo y con zumo de naranja o de limón. Se llaman benajans ("los peludos").

Al iniciar la ruta del siroco nos encontrábamos en los seis grados y siete minutos del Ártico, y a treinta leguas largas de Canit. Con el siroco, encontramos cuatro islas: Ciboco, Beraham Batolach, Saranghani y Candihar. Un sábado por la noche, 26 de octubre, costeando Beraham Batolach, nos sorprendió una tempestad pavorosa; por lo que, invocando a Dios, arriamos todas las velas. De súbito, nuestros tres santos se aparecieron, rompiendo la oscuridad. Santo Elmo coronó la gavia más de dos horas, como un hachón; San Nicolás, sobre la mesana; Santa Clara, sobre el trinquete. Prometimosles consagrar un esclavo a cada uno de ellos, y entregar también a los tres su respectiva limosna. Continuando el viaje, conseguimos un puerto entremedias de aquellas dos islas de Sarangani y Candighar, deteniéndonos por el lado de Levante, cerca de un poblado de Sarangani, en el que se hallan oro y perlas. Son éstos pueblos gentiles, y circulan tan desnudos como los demás. El puerto de marras aparece en los cinco grados nueve minutos, y dista de Canit cincuenta leguas.

Encontrándonos allá, nos apoderamos cierto día de dos pilotos, para que nos guiaran hasta Maluco. Singlando entre mediodía y garbino, cruzose entre ocho islas, habitadas y deshabitadas: cuatro a babor, cuatro a estribor. Son: Cheana, Caniao, Cabia, Camanuca, Cabaluzao, Cheai, Lipan y Nuza. Hasta llegar a otra, al final de todas ellas, muy hermosa a la vista. Por venir vientos contrarios y no poder doblar una punta de mal tierra, andábamos de acá para allá, y siempre próximos; aprovecho el hermano del rey de Maingdanao para huir en la noche, en compañía de un hijo suyo pequeño; pero, por no poderse mantener sujeto a la espalda de su padre, el niño, camino de la isla, se ahogó. No conseguimos doblar aquel cabo, así que pasamos de largo nosotros a mediodía de aquella tierra. Alrededor diseminábanse muchos islotes.

Tiene la enunciada cuatro reyes: el rajá Matandatu, el rajá Lalagha, el rajá Bapiti y el rajá

Parabu, gentiles todos. Están en los 3 1/2 grados del Ártico, a 27 leguas de Sarangani, y llámanla Sanghir.

Ahora, sin desviarnos, pasamos junto a otras seis islas: Carachita, Para, Zanghalura, Cian (ésta, a unas diez leguas de Sanghir, tiene un monte alto, pero de poca área, y por real al rajá Ponto), Paghinzara (a ocho leguas de Cian, con tres montes altos y un rey por nombre rajá Babintan) y Talaut. Luego encontramos, al este de Paghinzara, a unas doce leguas, dos islas no muy extensas: Zoar y Mean.

Detrás de ambas, el miércoles 6 de noviembre, descubrimos cuatro de gran elevación, a catorce leguas. El piloto, que seguía en la nave, afirmó que aquellas cuatro eran Maluco, así que dimos gracias a Dios y, por júbilo, descargamos la artillería toda. No era para maravillar a nadie que nos sintiésemos tan alegres, porque habíamos consumido veintiseis meses menos dos días en encontrar Maluco. Por todas las islas anteriores a ella, el fondo menor que encontrábamos era a cien y doscientas brazas; lo contrario de lo que decían los portugueses, que aquí no se podía navegar por los grandes bancos y el cielo oscuro, según ellos lo suponían.

El viernes 8 de noviembre de 1521, tres horas antes de tramontar el sol, arribamos al puerto de una isla llamada Tadore, y, anclando en un fondeal de veinte brazas, hicimos una salva completa. Al día siguiente, vino el rey en un prao y dio una vuelta completa a nuestras naves. Pronto nos acercamos a él en una lancha, para honrarle; nos hizo subir a su prao y sentarnos junto a él. Hallábase bajo una sombrilla de seda, cubierta también por los lados. Ante él, uno de sus hijitos sostenía el cetro real; dos servidores, vasijas de oro con agua para las manos: otros, en fin, guardaban ánforas llenas de betrel. Dijo el rey que fuésemos bien venidos; que, como él, mucho tiempo atrás, ya soñara con ciertas naves llegando a Maluco desde remotísimas tierras, para comprobarlos había invocado a la luna. Y que ya en la luna nos vio, porque quienes llegaban éramos nosotros. Al llegar el rey a la carabela, muchos besaron su mano; luego, lo condujimos a la cámara de popa, y, por no inclinarse para entrar en ella, saltó por la escotilla.

Hicímosle que ocupara un sillón de terciopelo rojo, cubrímosle con una veste de terciopelo amarillo a la turca, y para más honor, sentámonos los demás en tierra en torno a él. Tras ello, el rey reanudó su discurso: que él y todos sus pueblos querían sea a perpetuidad fidelísimos amigos y vasallos de nuestro rey de España, aceptándonos a nosotros como verdaderos hijos suyos; que debíamos bajar a tierra como a nuestra propia casa, porque, en adelante, ya su isla no iba a llamarse más Tadore, sino Castilla, del gran amor que alentaba hacia el rey y señor nuestro.

Dímosle presentes: que eran la túnica, la poltrona, una pieza finísima de tejido, cuatro brazas de paño escarlata, un corte de brocado, un paño de damasco amarillo, algunos lienzos indios bordados en oro y seda, un trozo de berania blanca, tela de Cambaia, dos barretinas, seis sartas de cristalillos, tres espejos grandes, doce cuchillos, seis tijeras, seis peines, algunos vasos dorados y otras cosas. A su hijo, un paño indio de oro y de seda, un espejo grande, una barretina y dos cuchillos. A otros nueve de sus principales, un pedazo de seda a cada uno, barretinas y dos cuchillos. Y a muchos otros, a quién barretinas, a

quién cuchillos, lo repartimos todo, hasta que el propio rey decidió que bastaba. Repitieron después no tener sino la propia vida que enviar al rey nuestro señor, y que debíamos aproximarnos más a la ciudad, pues si algunos de los suyos se encaramaba a las naves de noche, haríamos muy bien dándole muerte a tiros. Tampoco al salir de la camareta quiso agacharse. Al despedirse, disparamos todas las bombardas. Este rey es moro y como de cuarenta y cinco años; bien constituido, de majestuosa presencia y excelente astrólogo. Vestía en tal punto una camiseta de tela blanca sutilísima, con los bordes de las mangas bordados en oro, y una especie de falda desde la cintura hasta casi los pies descalzos. Tocábase con turbante de seda, más una guirnalda de flores encima; le llaman rajá sultán Manzor.

El domingo 10 de noviembre, quiso el rey que le explicáramos cuánto tiempo hacía que habíamos salido de España, así como la soldada y el porcentaje que otorgaba el rey a cada uno de nosotros; y quiso también que le diésemos una firma del monarca y una bandera suya, puesto que, a partir de entonces, su isla y otra llamada Tarenate (en la que habría de coronar a su sobrino, por nombre Calonaghapi) iban a pertenecer, por su decisión, al rey de España. Iban, asimismo, a luchar por él hasta la muerte, y caso de faltarles resistencia, se trasladaría a la propia España él con todos los suyos, en un junco que daba orden de construir para el caso, portador de la firma y de la enseña real. Ya que, desde lejanos tiempos, era su servidor.

Nos suplicó que le dejásemos allí algunos hombres, para que en todo momento estuviera presente el nombre de España, y no mercancías, que éstas rápidamente caducan. Y nos dijo que quería trasladarse a otra isla llamada Bachian, para abastecer más presto a nuestras naves de clavo, pues en la suya no había el suficiente seco como para llenar las dos.

Por ser hoy domingo, negose a cargar. El día feriado de estos pueblos es nuestro viernes. A fin de que Vuestra Ilustrísima Señoría recuerde las islas en que crece el clavo, anoto las cinco: Terenate, Tadore, Mutir, Machian, Bachian. Terenate es la principal y, en vida de su rey, señoreaba sobre casi todas las demás. En la de Tadore es en la que estábamos; tiene rey. Mutir y Machian no lo tienen, sino que se gobiernan en República y cuando los dos reyes de Terenate y de Tadore guerrean entre sí, les abastecen de soldados. La última es Bachian, con rey también. El conjunto de la provincia, donde nace el clavo, se llama Maluco.

No hacía ocho meses aún que había muerto en Terenate un Francisco Serrano, portugués, capitán general del rey de Terenate contra el rey de Tadore, quien atacó con tal pericia, que el de Tadore hubo de entregar a su rival una hija en matrimonio, más casi todos los hijos de los principales en rehenes (de aquella hija había aquel sobrino del actual rey de Tadore). Después, concertada entre ellos la paz, habiendo venido a Tadore un día Francisco Serrano para comprar clavo, hízolo envenenar el rey de aquí con aquellas hojas de betel. Sobrevivió sólo cuatro días; su rey quería enterrarlo según sus ritos, pero servidores del difunto no lo consintieron... Dejó un hijo y una hija pequeños, de una mujer que raptó en Java Mayor, y doscientos bahar de clavo.

Serrano fue un gran amigo y pariente de nuestro inolvidable capitán general, y verdadera causa de que se decidiera éste a su empresa, porque, en más de una ocasión, encontrándose el nuestro en Malaca, habíale escrito hallarse él aquí. Don Manuel, rey de Portugal a la sazón, negose a aumentar, como proponía nuestro capitán general para sus beneméritos, la soldada de sólo un testón al mes; por lo que hubo de pasar a España éste, obteniendo de la Sacra Majestad todo cuanto supo pedir. A los diez días justos de la muerte de Francisco Serrano, el rey de Terenate, por nombre rajá Abuleis, se permitió expulsar a su yerno, rey de Bachian, y la mujer de éste, olvidando ser su hija, le envenenó bajo pretexto de concluir paces. Murió a los dos días, dejando nueve hijos, cuyos nombres son éstos: Chechil Momuli, Iadore Vunighi, Chechili de Roix, Cili Manzur, Cili Pagi, Chialin Chachilin, Cathara, Vaiechu Serich y Calano Ghapi.

El lunes 11 de noviembre, uno de los hijos de rey de Tarenate, Chechili de Roix, vestido de terciopelo encarnado, acercose con dos praos a las naves, golpeando los agons, pero no quiso subir. Traía consigo a la mujer, a los hijos y más efectos de Francisco Serrano. Al enterarse de quién era, enviamos a preguntar al rey si debíamos recibirle, ya que estábamos en puerto suyo. Respondieron que a nuestra decisión. El hijo del rey, notándose en entredicho, distanciose algo de las naves; nos acercamos entonces en falúa, para entregarle un paño de oro y seda indio, con algunos cuchillos, espejos y tijeras. Aceptolo con cierto desdén, y fuese. Traía consigo a cierto indio cristiano, llamado Manuel, servidor de un Pedro Alfonso de Lorosa, portugués, que, después de la muerte de Francisco Serrano, pasara de Bandan a Tarenate; el servidor, por saber hablar portugués, subió a las naos, y nos dijo que, si bien los hijos del rey de Tarenate eran enemigos del de Tadore, no por ello dejaban de considerarse siempre al servicio del rey de España. Enviamos una carta a Pedro Alfonso de Lorosa, por mediación de ese criado, manifestándole que debía venir sin resquemor alguno.

Tienen estos reyes tantas esposas como les place, pero existiendo siempre una en condición de principal, a quien obedecen todas las otras. El rey de Tadore poseía una casa grande, fuera de la ciudad, para habitación de doscientas de sus mujeres, a quienes otras tantas servían. Cuando el rey está solo, o bien con su esposa principal, en un estrado alto como los de la justicia, contempla a todas las otras, que se sientan alrededor, y la que más le gusta la aparta para que duerma con él aquella noche. A las horas de la comida, si ordena que coman juntas lo hacen; si no, cada una se retira comer a su cámara. Nadie puede presentarse ante el rey sin su permiso; si alguno se encuentra, de día o de noche, cerca de su casa, es muerto sin más. Toda familia está obligada a entregar al rey una o dos hijas, según. Quien tenía entonces veintiseis hijos ocho varones tan sólo. Ante esta isla álzase otra vastísima, llamada Giallolo, habitada a la vez por moros y gentiles. Habríanse proclamado dos reyes entre los moros, si (según me comentaba el de aquí) uno hubiese tenido seiscientos hijos y otro quinientos veinticinco. Los gentiles no tienen tantas mujeres, ni viven tan rodeados de supersticiones; pero la primera cosa que ven cuando, a la mañana salen de su casa, la adoran ya todo aquel día. El rey de esos gentiles, por nombre rajá Papua, es riquísimo en oro, y habita en el interior de la isla. En esta de Giallolo nacen, sobre la roca viva, cañas gordas como piernas, llenas de un agua riquísima para beber; compramos más de una por aquellos pueblos.

El martes 12 de noviembre, mandó el rey que, en un día, construyeran una casa en la ciudad, para almacén de nuestro tráfico. Llevamos allá lo que nos quedaba, casi enteramente, dejando en vigilancia tres hombres; y bien pronto, en esta forma, se inició el intercambio. Así, por diez brazas de paño rojo de cierta calidad, entregábons un bahar de clavo, o sea, cuatro quintales y seis libras (un quintal equivale a cien libras); por quince brazas de paño no demasiado bueno, un bahar; por quince hachas pequeñas, un bahar; por treinta y cinco vasos de vidrio, un bahar (el rey los compró todos); por diecisiete medidas de cinabrio, un bahar; por diecisiete de plata viva, un bahar; por veinticinco brazas de tela de poco cuerpo, un bahar; por ciento cincuenta cuchillos, un bahar; por cincuenta tijeras, un bahar; por cuarenta barretinas, un bahar; por diez pañuelos de Guzerati, un bahar; por tres de aquellos agones suyos, un bahar; por un quintal de metal, un bahar. Todos nuestros espejos se habían roto, y los pocos buenos los quiso el rey. Muchas de tales cosas procedían de los juncos que habíamos saqueado. La prisa por volver a España nos impelía a rematar nuestras reservas a mejor precio del que nos propusiéramos hasta entonces. Atracaban cada día a nuestro costado tantas embarcaciones llenas de cabras, gallinas, higos, cocos y otros artículos para comer, que era una maravilla. Nos abastecimos de agua potable; un agua que mana caliente, pero que, si se la deja una hora en reposo, es hielo puro. Y eso es porque nace en el monte del clavo; al revés de como se afirma en España, de que en Maluco haya que importar el agua desde muy lejos.

El miércoles, envió el rey a su hijo Mosahap a Mutir en busca de más clavo, a fin de abastecernos rápidamente. Hoy le notificamos al rey que llevábons algunos indios presos. Dio gracias a Dios, rogándonos que le favoreciéramos con aquellos prisioneros, porque él los enviaría a sus tierras con cinco hombres de los suyos, y así manifestasen al rey de España y su fama. Le entregamos, con ellos, a las tres mujeres apresadas en nombre de nuestra reina, y por la razón a que se aludía antes... Y al otro día le presentamos al resto de prisioneros, salvo los de Burne. Le plugo sobremanera. Supliconos aún que, por su amor, matásemos todos los cerdos que teníamos; que él había de compensárnoslos con cabras y gallinas. Los matamos, para complacerle, colgándonos después bajo la cubierta. Cuando alguno de éstos, por ventura, los veía, cubríase el rostro, preocupado hasta de no sentir su olor.

Hacia la tarde del mismo día, apareció sobre un prao el portugués Pedro Alfonso; no se apareara aún de él, y ya el rey habíale mandado llamar para decirle, riendo, que aunque fuera de Terenate, nos contestara verdad sobre cuanto preguntásemos nosotros. Explicó él que rodaba por las Indias desde hacía ya dieciséis años, pero sólo diez en Maluco; o sea, tantos como hacía que éste se descubriera, aunque en secreto. Hacía un año, menos quince días, que llegó por aquellos puertos un navío grande desde Malaca; y partiose con carga de clavo. Pero por los temporales se hubo de guarecer en Bandan algunos meses. La capitaneaba Tristán de Meneses, portugués también; y según él, preguntole qué nuevas corrían por la Cristiandad, dijo que de Sevilla se había zarpado una flota de cinco naves para descubrir Maluco en nombre del rey de España, y siendo su capitán Fernando de Magallanes, portugués. Y cómo el rey de Portugal, por despecho ante la traición de uno de los suyos, había destacado algunas carabelas hacia el cabo de Buena Esperanza y

otras al cabo de Santa María -donde moran los caníbales-, para cerrarles el paso; no dieron con él. Luego, el rey de Portugal había oído decir que dicho capitán había pasado por otro mar y marchaba sobre Maluco; inmediatamente escribió a su capitán mayor en la India, por nombre Diego López de Sichea, que enviaba seis navíos a Maluco. Pero por causa del Turco, que cerníase sobre Malaca, no los mandó; antes viérase obligado a fletar contra aquél, hacia el estrecho de la Meca, sesenta velas lo menos; no encontrando las tales allí más que algunas galeras embarrancadas junto a la hermosa y fuerte plaza de Aden. Esas quemaron. Tras cuya operación, enviara sobre nosotros, a Maluco, en la tierra de Judá, un gran galeón con dos órdenes de artillería; aunque, por ciertos bajos, más las corrientes que prodúcense en torno a Malaca y vientos de proa, no pudo avanzar y reculó. El capitán del galeón dicho, era Francisco Faria, portugués; y, pocas jornadas antes, una carabela flaqueada por dos juncos, navegó estas latitudes preguntando por nosotros. Los juncos aproximáronse a Bachian para cargar clavo, con siete portugueses. Cuyos portugueses, por no haber respetado a las mujeres del rey y de los suyos (el rey les advirtió una y otra vez que se contuvieran pero sin resultado), fueron muertos. Cuando a la carabela llegó tal cosa, emprendieron veloz retorno a Malaca, abandonando los juncos con cuatrocientos bahar de clavo y tantas mercancías para que se comprasen cien bahar más. Pues vienen muchos juncos al año, desde Malaca a Bandan, para cargar cáscara verde de nuez y nuez moscada; y de Bandan a Maluco, por clavo. Y navegan los de aquí, sobre sus juncos desde Maluco a Bandan en tres días, y de Bandan a Malaca en quince. El rey de Portugal disfrutaba de Maluco desde hacía diez años, aunque en secreto, para que no lo supiese el de España.

Entretúvose con nosotros hasta las tres de la madrugada, refiriéndonos otras mil cosas aún. Le insistimos tanto, con promesas de buen sueldo, que acabó por prometer venirse con nosotros a España.

El viernes 15 de noviembre, díjonos el rey que iba a Bachian a hacerse cargo del clavo aquel que abandonaron los portugueses. Pidíonos dos obsequios para entregar a los dos gobernadores de Mutir en nombre del rey de España; y deslizándose entre nuestras carabelas, quiso ver cómo disparaban las escopetas, las ballestas y los versines (poco mayores que un arcabuz). Disparó una ballesta él mismo tres veces; porque era artilugio que le gustaba más que las armas de fuego.

El sábado, el rey moro de Giailolo acercósenos con muchos praos; le dimos un sayo de damasco verde, dos brazas de paño rojo, espejos, tijeras, cuchillos, peines y dos vasos dorados. Nos dijo que, siendo amigos del rey de Tadore, lo éramos suyos ya, pues que lo amaba como a un hijo, y que si pronto algunos de nosotros pisaba sus tierras, consideraría lo altísimo honor.

Ese rey es muy viejo y temido por todas estas islas por ser archipoderoso. Llámase rajá Iussu.

La isla de Giailolo es de tal dimensión, que un prao tarda cuatro meses en circunvalarla. El domingo por la mañana volvió ese mismo rey a nuestras naves; quería ver de qué manera combatíamos y cómo disparábamos las bombardas, todo lo cual le produjo

inmenso placer. Inmediatamente, se marchó. Como acabo de advertir, en su juventud había sido un guerrero famoso.

Bajé en tal día a tierra para ver el clavo en planta viva. El tronco es alto y grueso, poco más o menos como un hombre; las ramas espárcense horizontalmente, por lo común; sólo las más altas suben hasta formar en la cima una especie de cono. Sus hojas recuerdan mucho las del laurel; la corteza es olivácea. El clavo crece sobre las ramitas más tiernas, manojos de diez o veinte juntos. Esos troncos producen casi siempre más de un lado que del otro, según el tiempo. Al nacer, el clavo es blanco; al madurar, rojo; al secarse, negro. Coléctase dos veces al año: una por la Natividad de nuestro Redentor, otra en la de San Juan Bautista. Por ser las dos épocas en que templá aquí el aire más, sobre todo en la de nuestro Redentor. Cuando la añada es calurosa y de pocas lluvias, recógense trescientos o cuatrocientos bahar en cada una de estas islas. Crecen solamente sobre el monte y si algunos de estos árboles se planta en el llano, aún siendo cerca del monte, no vive. Su hoja, la corteza y el tronco verde son igual de sólidos que el propio clavo. De no recogerse al estar maduro, tórnase tan grande y recio que para nada vale, si no es su corteza. No produce el mundo otras plantas de clavo que las de los cinco montes de estas cinco islas. Se encuentra excepcionalmente en la de Gaiilolo, y en un islote entre Tadore y Mutir, que llaman Mate, pero que no es de buen sabor. Veíamos descender cada mañana aquella niebla que, circundando primero uno, después otro, de los montes, hace que el clavo llegue a ser perfecto. Cada uno de estos pueblos posee estos árboles, y cada uno custodia los suyos, aunque sin cultivarlos.

Hállanse en esta isla también árboles de nuez moscada. Su tronco es como el de nuestros nogales, y con hoja similar. La nuez, al ser desprendida, parece un melocotón pequeño, con aquella pelusa y el mismo color. Su primera envoltura es del tamaño de la cápsula verde de nuestra nuez; debajo, sale una membrana sutilísima, bajo la cual ya el macis, muy encarnado, agítase en torno a la cáscara de la nuez, tras la que, por fin, damos con la nuez moscada.

Las casas de estos pueblos están construidas como las que ya dijimos, pero no tan elevadas de la tierra, y las circunda una especie de empalizada de cañas.

Las mujeres de aquí son feas, y van tan desnudas como las anteriores, con sus taparrabos de tejido arbóreo. Tejido que logran así: ponen en remojo una corteza de árbol, hasta que se reblandece; después, lo golpean con palos hasta dejarlo tan largo y ancho como les apetece. Y es como una especie de seda cruda, con ciertos filamentos en el interior que hacen que parezca tejido. Comen pan de madera de un tronco parecido a la palma, cuya elaboración es ésta: toman un pedazo de este tronco, humedecido ya, y le extraen ciertas largas espinas negruzcas, machacándolo inmediatamente, y ya está el pan a punto. Casi sólo lo consumen al navegar, y lo llaman sagu. Los hombres van desnudos (¿a qué repetirlo?); pero son tan celosos de sus mujeres, que no querían que bajásemos a tierra con las braguetas abiertas, de forma que sus mujeres imaginaran que nos encontrábamos siempre a punto.

Cada día llegaban de Tarenate muchas barcas con cargamentos de clavo; pero, como

aguardábamos al rey, nuestras únicas compras eran víveres. Los de Tarenate se quejaban sonoramente, porque no queríamos tratar con ellos. En la noche del domingo, 24 de noviembre, en puertitas el lunes ya, regresó el rey, sonando sus láminas al cruzar entre los dos barcos; le recibimos con salvas abundantes. Díjonos que, a los cuatro días, iba a llegar mucho clavo. El lunes envió el rey setecientos noventa y un fardillos de clavo, pero sin descontarnos la merma. Llámase merma aquí a la pérdida de peso de la mercancía, a los pocos días de comprada, por secarse; de modo que siempre, al comprar, se computa menos peso del real en la fecha. Por ser el primer clavo que acomodábamos en las carabelas, disparáronse las bombardas de nuevo. Aquí llaman al clavo ghomode; en Saragani, donde cargamos con los dos pilotos, bonghalavan, y en Malaca, chianche. El martes 26 de noviembre, recordonos el rey que no era costumbre que rey alguno abandonase su isla; pero que si él había partido fue por amor al rey de Castilla y para que volviésemos más pronto a España, de donde deberíamos traer luego tantos navíos que con ellos se vengara la muerte de su padre, al cual mataron los de una isla llamada Burú, arrojando el cadáver al mar después. Añadiendo que la usanza, cuando el primer clavo acomodábase en navíos o en juncos, era que el rey invitara a un banquete a los navegadores, para recabar de Dios que los condujese sanos a puerto, y que esta vez quería celebrarlo asimismo en honor del rey de Bachian y de su hermano, que venían a visitarle. Y ordenó que limpiaran los caminos.

Algunos de nosotros, imaginando cualquier traición, porque en el sitio donde nos procurábamos el agua habían sido muertos por algunos de éstos -escondidos en el bosque- tres portugueses de los de Francisco Serrano, y también porque veíamos a estos indios en conciliábulo constante con nuestros prisioneros, aconsejamos -contra el parecer de los decididos al convite- que no se bajara a tierra en aquella ocasión, recordando aquella otra tan infeliz.

Lo propugnamos de tal modo, que se terminó por enviar a decir al rey que se acercara a las carabelas, pues nos queríamos ir, y no sin consignarle los cuatro hombres prometidos más otras mercancías. Vino el rey rapidísimo y, penetrando en las naves, manifestó a algunos de los suyos que como en la propia casa entraba en ellas. Díjonos haberse seriamente alarmado porque quisiéramos partir de súbito, cuando el plazo de carga de las naves solía ser de un mes, y no habiéndose él alejado para tramar mal alguno, antes para proveernos de carga con mayor presteza; aconsejándonos, en fin, que no saliéramos entonces, por no ser aún tiempo de navegar por aquellas islas a causa de los muchísimos bajíos de los alrededores de Bandan; y todo ello, ni contando con las naves portuguesas que podrían dar con nosotros cerca de allí... Y si, pese a todo, insistíamos en partir, que recogiéramos antes toda nuestra mercancía. De lo contrario, los reyes circunvecinos dirían que el de Tadore había recibido numerosos obsequios de un tan gran rey sin haberle agraciado con cosa alguna, y supondrían que abandonábamos su puerto por desconfianza a cualquier engaño, con lo que ya siempre lo tacharían de traidor. Hizo traer entonces su Alcorán y primero besándolo, poniéndoselo después cuatro o cinco veces encima de la cabeza, y diciendo para sí ciertos conjuros (a hacer todo lo cual llaman zambahean), protestó ante todos de que juraba por Alá y por el Alcorán que en la mano tenía que quería ser en toda hora amigo fiel del rey de España. Repetíalo todo casi con llanto. Por sus buenas palabras, prometimos permanecer allí una quincena aún.

Entregándole, seguidamente, la firma y la bandera reales. Nada menos supimos después - y de buena tinta- que algunos principales habíanle instado a que nos diera muerte, pues eso los portugueses lo agradecerían tan de verdad que acaso hasta perdonarían a los de Bachian por lo de hacía poco. El rey les contestó que no haría tal por nada del mundo, conociendo al rey de España, y habiendo concertado paces.

El miércoles 27 de noviembre, hizo avisar el rey para que todos cuantos tuvieran clavo lo llevaran a las carabelas. Todo ese día y el posterior contratamos clavo con gran furia. El viernes por la tarde presentose el gobernador de Machian con innumerables paños. No quiso bajar a tierra por encontrarse allá su padre y un hermano suyo, bandido de Machian. Al día siguiente, nuestro rey, con el gobernador -su sobrino- penetró en las naves. Por no disponer nosotros de más paño, mandó que trajesen tres brazadas del suyo, y nos lo dio, el cual pudimos así regalar al gobernador con otras cosas. Al irse, lanzamos una gran salva. Después, el rey nos envió otras seis brazas de paño rojo, al objeto de que obsequiáramos al gobernador nuevamente. Cumplimos al punto el encargo, y bien lo agradeció, diciéndonos que nos mandaría clavo en cantidad. Ese gobernador se llama Humar, y no tendría más de veinticinco años.

El domingo 1 de diciembre, el gobernador se fue. Le sugerimos al rey de Tadore que le entregara piezas de seda y alguno de aquellos agons, para que se diese más prisa en enviar la especia. El lunes se ausentó el rey de su isla, en nueva búsqueda. El miércoles por la mañana, por ser día de Santa Bárbara -más el regreso del rey- disparamos toda la artillería. A la noche, acercose el rey a la playa con la pretensión de ver disparar cohetes y petardos, lo cual agradole mucho. El jueves y el viernes se compró mucho clavo, lo mismo en la ciudad que a bordo. Por cuatro brazas de frisetto daban un bahar de clavo; por dos cadenas de latón, que valían un marcelo, diéronnos cien libras; en fin, por no disponer ya de más mercancías, algunos vendieron su capa, otros el sayo, éste de más allá las camisas o cualquier ropa para aumentar la parte. El sábado, tres hijos del rey de Terenate, con sus mujeres -hijas de nuestro rey- y con el portugués Pedro Alfonso, vinieron a los barcos. Dimos a cada uno de los tres hermanos un vaso de vidrio dorado, y a las mujeres tijeras y otras cosas. Al partir, disparáronse muchas bombardas. Después, remitimos a tierra, para otra hija de nuestro rey, casada con el rey de Terenate, más cosas, pues no quiso subir a la nave con las demás. Toda esta gente, así hombres como mujeres, va descalza a todas horas.

El domingo 8 de diciembre, como día de la Concepción, disparáronse muchas bombardas, cohetes y petardos. Al atardecer del lunes, subió el rey a las naves acompañado por tres mujeres que traían su betre. Hacerse acompañar por mujeres sólo al rey se le permite. Tornó después el rey de Gialolo, interesado en ver de nuevo cómo combatimos uno con otro. Al cabo de más días, nuestro rey nos dijo que él mismo se sentía ahora como un niño lactante, que conociera a su madre ya, y que, yéndose ella, lo dejase solo; mayormente iba a quedar desconsolado él, porque había conocido y gustado igual diversas cosas de España, y porque tardaríamos mucho en regresar junto a él. Del modo más afectuoso, nos pidió que le dejásemos para su defensa algunos de nuestros medios, y advirtiéndonos que, al partir, navegáramos de día solamente, pues aquellas partes están llenas de bajíos.

Contestámosle que, si queríamos llegar a España, debíamos navegar día y noche. Añadió entonces que elevaría por nosotros las preces a su dios, para que nos condujera a buen puerto. Y díjonos que aguardaba al rey de Bachian, que venía a casar al hermano con una de sus hijas. Nos rogó que hiciésemos alguna demostración en albricias, pero sin disparar las bombardas mayores, pues ello podría perjudicar a las naves, tan cargadas ya en esos días.

Vino Pedro Alfonso, el portugués, a instalarse con su mujer -y con todos sus pertrechos- en la nao. Y a los dos días, volvió a erguirse ante nosotros en su prao de todas armas, Chechili de Roi, hijo del rey de Tarenate, gritándole al portugués que bajara allá un momento; respondió el interpelado que no quería, por volverse con nosotros a España. Entonces quiso penetrar en la nave, mas no se lo permitimos. Era gran amigo del capitán de Malaca, portugués, y venía con intención de apoderarse de nuestro huésped tras haberles gritado con fiereza a los que solían rodear a éste, porque le habían dejado irse sin su consentimiento.

Hacia el atardecer del domingo 15 de diciembre, fue visto ya el rey de Bachian con su hermano, en un prao de tres hileras de remeros por banda: ciento veinte tripulantes en total, muchas banderas de plumas de papagayo, blancas, amarillas y rojas, y mucho golpear de metal, pues a ese son los remeros bogan acompasadamente. Venían otros dos praos con doncellas que presentar a la esposa. Al pasar cerca, saludámoslos con bombardas, y ellos a nosotros circunvalando las naves y después el puerto. Nuestro rey, por no ser costumbre que rey alguno descendiera solo en ajenos dominios, fue en busca del anterior para darle la bienvenida. Apenas el de Bachian lo vio venir, alzóse de la alfombra que ocupaba, quedando a un lado; tampoco nuestro rey quería descansar en aquella, sino en otra parte, y siguieron así.

Pagó el de Bachian a nuestro rey quinientos patolle, a cambio de que concediese la hija a su hermano. Esas patolle son brocados de seda y oro que se hacen en China, y apreciadísimos allá. Cuando alguien muere, los suyos, para más honrarle, cúbrense con telas de éstas. Dan por una, tres bahar de clavo más o menos, según como son. El lunes, por mediación de cincuenta mujeres vestidas de seda desde la cintura a la rodilla, envió obsequios nuestro rey al de Bachian. Iban de dos en dos, y cada pareja con un hombre en medio. Cada una, con una bandeja llena de platillos con diversas viandas. Los hombres acarreaban sólo vino, en grandes jarros. Las diez mujeres de más edad resultaban algo así como las maceras. Subieron al prao, ofrendádoselo todo al rey, quien reposaba en aquel tapiz bajo un baldaquino encarnado y amarillo.

Al volver atrás, apoderáronse de alguno de los nuestros, quienes, para librarse, debían entregarles alguna cosilla.

Tras de lo cual, envionos nuestro rey cabras, cocos, vino y otras cosas. Hoy pusimos velas nuevas a las naves. En aquellas aparecía una cruz de Santiago de Galicia, y con esta inscripción: "Esta es la figura de nuestra buena ventura".

Regalamos el martes a nuestro rey algunas armas de fuego, por ejemplo, los arcabuces de que en esta India nos habíamos apoderado y algunos de nuestros versines, más cuatro barriles de pólvora. Llenamos allí ochenta botas de agua para cada nave. Cinco días atrás, había ya desplazado el rey a cien hombres hasta la isla de Mare, para que talasen a cargo nuestro, pues determinaríamos pasar ante ella.

Hoy bajó a tierra el rey de Bachian con muchos otros de los suyos, para concertar con nosotros paces. Iban ante él cuatro guerreros, con las espadas desnudas y alzadas. Prometió, ante nuestro rey y ante todos los otros, ponerse a perpetuidad en servicio del rey de España, conservándole el clavo que abandonaran los portugueses hasta que otra flota nuestra acercárase allá a por él, que nunca lo daría sin nuestra autorización. Entregó para el rey de España, un siervo, dos bahar de clavo (dábanos diez, pero las carabelas, por exceso de carga, no los pudieron aceptar), y dos pájaros muertos bellísimos. Esos pájaros tienen el cuerpo de los tordos, cabeza pequeña y pico largo, de a palmo las piernas y delgadas cual una pluma de escribir. No disponen de alas, sino, en su lugar, de dos suertes de grandes penachos de plumas largas multicolores. La cola vuelve a ser como la del tordo, y todas las plumas no mencionadas, de color moreno. Sólo vuelan cuando sopla el aire.

Dijéronnos que tales pájaros procedían del paraíso terrenal, por lo que los llamaban bolon dinata, o sea "pájaros de Dios".

Todos los reyes de Maluco escribieron al rey de España que querían ser sus leales súbditos. El de Bachian tendría ya alrededor de setenta años; una de sus costumbres era ésta: cuando se disponía a combatir o a cualquier otra cosa importante, hacía que un servidor suyo diera dos o tres vueltas a su alrededor. Al servidor de marras sólo lo tenía para esto.

Un día, el rey mandó advertir a aquellos que se quedaban en nuestro almacén que no saliesen de noche, por razón de algunos de sus súbditos, que se ungen y circulan en la oscuridad, al parecer sin que los dirija nadie. Cuando encuentran a alguno no de su legión, lo toman de la mano, de forma que la parte interior de ésta queda ungida, con lo que inmediatamente enferma, y a los tres o cuatro días muere. Y lo mismo hacen si se tropiezan con varios, fuera de que en tal caso los atan. Él había hecho ahorcar a más de uno de estos malhechores.

Cuando estos pueblos acaban de construir una casa, antes que la habiten, encienden fuego alrededor e invitan a muchos; después cuelgan del techo una muestra de cada una de las cosas que en la isla se producen, a fin de que nunca falten para sus moradores. En todas aquellas el jengibre es corriente; nosotros lo comíamos verde, como pan. El jengibre no es un árbol, sino una planta pequeña, que multiplica fuera del fango ciertos brotes de un palmo de longitud, como los de las cañas; y con las mismas hojas, aunque más estrechas. Los brotes para nada valen, pero su raíz es el jengibre, mucho menos sabroso verde que seco. Estos pueblos lo conservan metiéndolo en cal. De otra forma, no duraría.

Habiendo decidido partir de Maluco ya, vinieron el miércoles por la mañana el rey de Tadore, el de Giailolo, el de Bachian y un hijo de Tarenate; todos, para escoltarnos hasta la isla de Mare. La nao Victoria izó velas y adentrose sin prisas aguardando a la Trinidad; pero ni tiempo le dio a ésta de levar anclas, sin que notase que hacía agua por el fondo. Entonces, la Victoria regresó e inmediatamente empezaron a deslastrar la Trinidad, por si la remediaban así. Oíase penetrar el agua en el casco como por una boca de cañón; sin encontrar ésta, empero. Todo ese día y el siguiente, no hicimos más que manejar la bomba, aunque sin resultado.

Al enterarse, nuestro rey se personó en la nao con presteza, fatigándose en inquirir por dónde venía el agua. Ordenó que se zambulleran cinco de los suyos, en persecución de la fisura. Permanecieron más de media hora bajo el mar, sin avistarla. Al convencerse el rey de que no podían, y de que la nao cada vez flotaba menos, llorando casi, nos dijo que enviaría a buscar a tres hombres que habitaban en un extremo de la isla, pues éstos resistían bajo el agua largo rato.

El viernes, muy de mañana, presentose nuestro rey con los tres aludidos, y les mandó que se sumergieran con los cabellos sueltos, para que éstos notaran la fisura. Durante una buena hora estuvieron los tales en el fondo, sin dar tampoco con ella. El rey, cuando se convenció de que no quedaba remedio, dijo con más llanto: "¿Y quién irá ahora hasta España, ante mi señor, para darle noticias de mi?" Respondímosle que iría la Victoria, para no perder el levante que empezaba entonces; mientras la otra, hasta que la repararan, aguardaría al poniente, para acercarse a Darién que está en la otra parte del mundo, en la tierra de Diucatán.

El rey repuso que disponía de doscientos veinticinco calafates que se esforzarían en la compostura; y que a aquellos de los nuestros que se quedaran allí habría de tratarlos como a hijos propios, sin que les cumpliera otro esfuerzo que el de mandar sobre dichos calafates. Repitiendo esto con tal pasión, que nos hizo llorar a todos. Nosotros, los de la Victoria, temiendo que la nave se nos abriera por exceso de carga, la aligeramos de sesenta quintales de especias, depositándolas en el almacén, donde los otros habíanse refugiado. Algunos de nuestra carabela quisieron quedarse allí igualmente, por temor a que su casco no resistiera hasta España, pero, sobre todo, por miedo a morir de hambre. El sábado 21 de diciembre, Santo Tomás, subió a nuestra nave el rey, consignándonos los dos pilotos que habíamos pagado para que nos condujeran hasta el final de estas islas. Y díjonos ser entonces tiempo propio para partir. Pero por aguardar las cartas que escribían para España los que se quedaron, no salimos hasta el mediodía. Llegada la hora, despidiéronse las naos entre sí con salvas a discrección, y parecían quejarse, con aquel su adiós último...

Acompañáronnos un trecho los que se quedaron en sus lanchas y, al fin, tras muchas lágrimas y abrazos, nos fuimos. El gobernador del rey nos acompañaba hasta la isla del Mare. No la bordeábamos aún, que ya cuatro praos cargados de leña se nos unían; en una hora escasa estuvo ésta a bordo y enfilamos sin dudas el rumbo del garbino. Quedose

Juan Carvalho con cincuenta de los nuestros; los navegantes éramos cuarenta y siete, más trece indios.

Esa isla de Tadore tiene obispo; había uno a la sazón, con cuarenta mujeres y prole interminable.

En todos estos países de Maluco, hállanse clavo, jengibre, sagu (aquel pan suyo, de la madera), arroz, cabras, gansos, gallinas, cocos, higos, almendras más gordas que las de Europa, manzanas dulces y ácidas, naranjas, limones, patatas, miel -de unas abejas pequeñas como hormigas, que la elaboran en los árboles- caña de azúcar, aceite de coco y de ajonjolí, melones, sandías, calabazas, un fruto refrescante del tamaño de las sandías - que llamaban comulicai- y otro fruto que parece pesca, llamado guana, más otras cosas para comer. Y encuéntranse papagayos de varia especie, entre ellas unos blancos a los que dicen catharas, y otros rojos por completo, que son los noris. Uno de estos rojos cuesta un bahar de clavo, y hablan con más exactitud que los demás. Hará cincuenta años que pueblan Maluco los moros; antes vivían allá unos gentiles que no apreciaban el clavo. Alguno queda aún, pero por los montes sólo, donde el clavo nace, precisamente. La isla de Tadore está en los veintiseis minutos de latitud del Polo Ártico y en los 161 de longitud de la línea de partición; dista de la primera isla del archipiélago, por nombre Zaniel, 9 1/2 grados, a la cuarta de mediodía y tramontana, hacia greco y garbino. Terenate está a 2/3 de latitud ártica. Mutir está con exactitud bajo el ecuador. Macian está un cuarto más al Polo Ártico y Bachian un grado encima aún. Tarenate, Tadore, Mutir y Machian son, en realidad, cuatro montes puntiagudos en los que se produce el clavo. Desde cualquiera de estas cuatro islas no se ve Bachian; pero Bachian es mayor que todas, y si su monte de clavos no alcanza tanta altura, sí cubre un espacio mayor.

CAPITULO IV

Continuando nuestro camino, pasamos entre estas islas: Caioan, Laigoma, Sico, Giogi, Caphi (en esta de Caphi nacen homúnculos, como los enanos, los cuales son los pigmeos y están sometidos por la fuerza a nuestro rey de Tadore), Laboan, Toliman, Titameti, Bachian (que se mencionó ya), Latalata, Talobi, Maga y Batutiga. Apartándolas y al poniente de Batutiga, avanzamos entre poniente y garbino, descubriendo en el umbral de la tarde un puñado de islotes empero, los pilotos de Maluco aconsejaron seguir, pues nos desenvolvíamos entre muchos escollos y bancos de arena. Enfilamos el siroco, hasta dar en una isla en los dos grados de latitud del Polo Ártico y a cincuenta leguas de Maluco. Llámase Sulach.

Los de esta isla son gentiles, y nada tienen. Comen carne humana y andan desnudos, así hombres como mujeres, pues solamente con un jirón de corteza arbórea cubren sus compromisos. En muchas de estas tierras comen carne humana; así nombran algunas: Silan, Noselao, Biga, Atulabaon, Leitimor, Tenetum, Gondia, Pailarurun, Manadan y Benaia. Costeamos luego otras dos -Lamatola y Tenetuno- a casi diez leguas de Sulach. Una isla encontramos de ciertas dimensiones, en la que hállanse arroz, cerdos, cabras, gallinas, cocos, caña de azúcar, sagu, un manjar que elaboran con higos (llámanlo

chanali) y jácaras, que llaman nanga. Las jácaras se parecen a las sandías, pero con un exterior de nudosidades; dentro, guardan unos frutos rojos, minúsculos como albaricoques y, en lugar de huesos, unas pepitas como alubias, tiernas si se comen, no menos que las castañas. Hay otro fruto también que recuerda a las piñas, amarillo por fuera y por dentro blanco. Cortándolo, dijérasele un pero, pero es más tierno y mejor. A éste dicen comilicai.

Tampoco se visten aquí como en Solach. Son gentiles y no tienen igual, nada. Está la isla en los 3 1/2 grados de latitud del Polo Ártico, y a setenta y cinco leguas de Maluco. Buru es su nombre. Diez leguas al Levante, surge otra isla, ancha también que confina con Jaijalolo y pueblan moros y gentiles: los moros, al borde del mar; los gentiles en el interior (estos últimos comen carne humana). Prodúcese ahí todo lo que se mencionó; la nombran Ambon.

Entre Buru y Ambon hay otros tres islotes, circundados de bajos difíciles: Vudia, Cailaruri y Benaia. Cerca de Buru, cuatro leguas al Sur, otra menor: Ambelau. A cerca de treinta y cinco leguas de aquella isla de Buru, a la cuarta del mediodía hacia garbino, encuéntrase Badan-Bandan, con otras doce. En seis, prodúcese la matia, así como la nuez moscada; éstos son sus nombres: Zoroboa -la mayor- Chelichel, Samianapi, Pulac, Pularun y Rosoghin. Las otras seis son éstas: Unuveru, Pulan Baracan, Lailaca, Manuca, Man y Ment. En ellas no se encuentra nuez moscada, aunque sí sagu, arroz, cocos, higos y otros frutos; están muy vecinas la una de la otra. Los pueblos de acá son moros, y sin rey. Bandan está en los seis grados de latitud del Polo Antártico, y en los 163 1/2 grados de longitud de la línea de partición; no nos acercamos porque nos desviaba de ruta.

Partiendo de aquella de Buru, a la cuarta de garbino hacia poniente, cerca de los ocho grados de longitud, alcanzamos tres islas: Zolot, Nocemamor y Galian, y al navegar entre ellas pasamos una borrasca feroz, que, de vencerla, peregrinaríamos a Nuestra Señora de la Guía. Adelantándonos al temporal, buscamos refugio en una isla muy alta, no sin destrozarnos antes la fatiga por los torrentes que se derramaban sobre tal monte, luego del empuje del mar.

Son los hombres de allí selváticos y bestiales. Comen carne humana, nada poseen, van desnudos -con el taparrabos de los otros- cuando se disponen a combatir, revístense de trozos de piel de búfalo por el pecho, espalda y flancos, adornados de cuernecillos, dientes de cerdo y colas de pelleja de cabras, que cuelgan por todas partes. Llevan altísima la cabellera, gracias a ciertos peines largos, de caña, que crúzanla de parte a parte. Llevan barbas hirsutas, con hojarasca revuelta, y armadas en tiras de caña, lo que les da un aspecto ridículo. Y son, en fin, los más sucios de esta India.

Sus arcos y flechas son de caña, y tienen ciertos sacos, hechos con hojas unidas, en los que sus mujeres transportan la comida y la bebida. Al divisarnos, acercáronse con los arcos prontos. Pero apenas les distribuimos cuatro obsequios, pasamos a ser sus amigos. Quince días gastamos allá, para reparar las bordas de nuestra nave. Se encuentran en la isla gallinas, cabras, cocos, cera (por una libra de hierro viejo nos dieron quince de cera)

y pimientos largos y redondos. Esos pimientos largos se parecen a los gusanillos que en invierno les salen a las avellanas. Su árbol recuerda mucho a la hiedra, a imitación de la cual vive parasitariamente adherida a otro árbol, pero sus hojas son más como las de los morales. Llámase luli. El pimiento redondo nace igual, pero en espigas, a la manera que el pimentón de la India, y se desgrana. Lada se le nombra. En esta parte, los campos surgen llenos de tal pimiento, que se enreda al estilo de las parras. Nos apoderamos aquí de un hombre, para que nos condujese a alguna isla donde podernos avituallar. Ésta quedaba en los 8 1/2 grados del Polo Antártico, y a 169 2/3 de longitud de la línea de partición. Su nombre, Malua.

Expliconos nuestro viejo piloto de Maluco que existe cerca de aquí una isla llamada Arucheto. Los hombres y mujeres de la cual no son más altos que un cubo, y tienen las orejas tan grandes como ellos mismos, pues en la una hacen su lecho, y con la otra se cubren. Van afeitados y desnudos del todo; corren mucho, tienen la voz muy fina, habitan en cavernas subterráneas y devoran peces y una sustancia que se oculta entre las cortezas y los troncos, que es blanca y redonda como confites, y la llaman ambulon. Por las fortísimas corrientes y los bajos no fuimos hasta allí.

El sábado 25 de enero de 1522, salimos de la isla de Malua, y el domingo 26 llegamos a una mayor, a cinco leguas de aquella, entre mediodía y garbino. Bajé yo solo, para hablar con el jefe de una villa, llamada Amaba, y conseguir provisiones. Respondió que nos daría búfalos, cerdos y cabras, pero no conseguimos llegar a un acuerdo, pues pedía una infinidad de cosas por cada búfalo. Quedándonos a nosotros poquísimas, y apretándonos el hambre, retuvimos a bordo a un principal con su hijo. Eran de otra villa, Balibo, y por temor a que los matásemos, nos dieron sin demora seis búfalos, cinco cabras y dos cerdos. Mas, en vez de completar el número de diez cerdos y diez cabras exigido para rescate, otro búfalo aún. Con lo que le enviamos a tierra satisfechísimo, con tela, paños indios de seda y de algodón, hachas, navajas, tijeras, espejos y cuchillos.

Aquel señor a quien fui yo a hablar tenía sólo mujeres a su servicio. Andan tan desnudas como las otras, y de las orejas les penden reducidos anillos de oro con flecos de seda; llevan en los brazos multitud de brazaletes de oro y de latón hasta el codo. Los hombres van como las mujeres, salvo que se atan al cuello varias cosas de oro, redondas como un tajo, y en las melenas peines de caña adornados con anillas de oro; alguno de ellos luce también aros de calabaza seca, colgándole en lugar de los pendientes de oro habituales. Encuéntrase aquí sándalo blanco -y sólo aquí- jengibre, búfalos, puercos, cabras, gallinas, arroz, higos, caña de azúcar, naranjas, limones, cera, almendras, alubias y otras cosas, además de papagayos de diverso color. En la otra parte de la isla habitan cuatro hermanos que son sus reyes. Donde atracamos nosotros había sólo algunos poblados dependientes de señores. Los nombres de las cuatro cortes de aquellos reyes son: Oibich, Lichsana, Suai y Cabazana. Oibich es la mayor; en Cabazana, según nos dijieran, hállase mucho oro en un monte, y compran las mercancías con pepitas de oro. Todo el sándalo y la cera que contratan los de Java y Malaca lo contratan en esta otra parte. Un junco de Luzón encontramos, venido por sándalo aquí.

Estos pueblos son gentiles, y cuando van a cortar el sándalo (ese nombre mismo le dan

ellos) se les aparece el demonio bajo diversas formas, y les dice que si necesitan algo se lo pidan entonces, con lo que se ponen enfermos para algunos días.

El sándalo se corta en determinadas fases de la luna; de otra forma, no sería bueno. Las mercancías que interesan a cambio de él son: paño rojo, tela, hachas, hierro y clavos. La isla está habitada, y es muy larga de levante a poniente, aunque poco de mediodía a tramontana. Hállase en los diez grados de latitud del Polo Antártico, y en los 164 1/2 grados de longitud de la línea de partición, y se llama Timor. En todas las islas que cruzamos por este archipiélago reina el mal de San Iop, y más aquí que en los demás. Lo llaman for franchi, o sea, mal portugués.

A una jornada de allá, entre poniente y mistral, nos dijeron que existe otro territorio donde nace la canela, llamado Ende. Su población es gentil y no los manda rey. Por el mismo camino aparece otra multitud de islas, una tras otra, hasta Java Mayor y el cabo de Malaca. Los nombres son éstos: Tanabutun, Crenochila, Bimacore, Arauaran, Main, Zumbava, Lamboch, Chorum y Java Mayor. Estos pueblos no la llaman Java, sino Giaoa. Las mayores villas de Java son éstas: Magepahor (su rey fue, en vida, el más poderoso de ese archipiélago, nombrado rajá Pathiunus), Sunda (extraordinariamente feraz en pimienta), Daha, Dama, Gaghiamada, Minutarangan, Cipara, Sidain, Tuban, Cressi, Cirubaia y Balli. Y frontera a Java Mayor, encuéntrase aún la isla de Madura, como a una media legua.

Explicáronnos que, cuando alguno de los notables de Java Mayor muere, incendian su cuerpo; su mujer principal adórnase con guirnaldas de flores y se hace transportar, sobre un escaño adaptado a los hombros de cuatro servidores, por toda la villa. Y riendo y confortando a todos sus parientes, que lloran, les dice: "No lloréis, porque yo me marcho al crepúsculo a cenar con mi amado esposo, y a dormir junto a él esta noche." Luego, la transportan junto al fuego en que su marido arde, y, tras volverse hacia sus parientes confortándolos por segunda vez, arrójase sobre el cadáver e incrementa la pira. Si tal no hiciera, nadie la tendría por mujer de bien, ni por auténtica esposa del muerto. Igualmente nos informaron de que los mozos de Java, cuando se enamoran de alguna bella joven, átanse con hilo ciertas campanillas entre miembro y prepucio; acuden bajo las ventanas de su enamorada, y, haciendo acción de orinar y agitando el miembro, tintinean las tales campanillas hasta que las requeridas las oyen. Inmediatamente acuden al reclamo, y hacen su voluntad: siempre con las campanillas, porque a sus mujeres les causa gran placer escucharlas cómo les resuenan dentro de sí. Las campanillas van siempre cubiertas del todo, y cuanto más se las cubre, más suenan.

Nuestro piloto más viejo nos dijo que hay una isla llamada Occoloro, bajo Java Mayor, donde sólo viven mujeres. Las fecunda el viento, y después, al parir, si lo que nace es macho, lo matan; si es hembra, la crían. Si desembarcan en aquella isla hombres, mátanlos también en cuanto les es posible.

Nos refirió más tarde que, bajo Java Mayor, hacia la tramontana o por el golfo de China, a la que los antiguos denominaban Signo Magno, encuéntrase cierto árbol enorme, en el que se anidan pájaros por nombre garuda, tan grandes, que cargan con un búfalo y un

elefante hasta él. Dicho lugar es Puzathaer; el árbol, cam pangaghi, su fruto, buapangaghi. Este es mayor que una sandía.

Los moros de Burne que teníamos en las naves nos habían ya dicho que vieron tales frutos, pues su rey guardaba dos, regalo del de Siam. Ningún junco ni cualquier otra embarcación puede aproximarse al sitio del árbol, por los tremendos remolinos de agua que lo circundan; la primera noticia que del gigante se tuvo fue a través de un junco, que el viento sumió en los remolinos tales. Quedó destrozado, y muertos sus hombres todos, salvo un niño chico, que, agarrado a un tablón, por milagro fue a parar junto al increíble tronco. Trepano a él acurrucese, sin darse cuenta, bajo el ala de uno de aquellos pájaros. Al día siguiente, bajando el ave a tierra para secuestrar un búfalo, el niño se acomodó entre plumas lo mejor posible..., y por él se supo el lance. Con lo que los pueblos próximos diéronse cuenta de que eran del árbol los frutos que hallaban sobre el mar. Queda el cabo de Malaca en el grado 1 1/2 antártico. Al oriente de ese cabo y todo a lo largo de la costa, hállanse muchas ciudades y villas. Algunos nombres son éstos: Cingapola -en la punta-, Pahan, Calantá, Patani, Bradlun, Benam, Lagon, Cheregigaran, Tumbon, Práhan, Cuí, Brabri, Bangha, India (ésta es la ciudad donde habita el rey de Siam, que se llama Siri Zacabedera), Iandibun, Lanu y Langhon Pifa. Dichas ciudades están edificadas como las nuestras, y obedecen al rey de Siam.

En ese reino de Siam, según nos dijeron, abundan por las riberas de los ríos ciertos pájaros grandes que no comerían jamás ningún animal muerto que quedase por allí, si antes no aparecía otro pájaro que le comiera el corazón. Después, ellos comen el resto. Después de Siam viene Camogia; llaman a su rey Saret Zacabedera. Y Chiempo; su rey, rajá Brahaun Maitri.

En ese lugar crece el ruibarbo, que se descubre así: júntanse veinte o veinticinco hombres, y van al bosque; cuando la noche llega, encarámanse a los árboles: tanto para percibir el aroma del ruibarbo, como por temor a los leones, elefantes y otras fieras. El viento trae el olor de en qué parte el ruibarbo esté; así que, llegado el día, encamínanse allá y buscan hasta encontrarlo. El ruibarbo es un tronco grueso y podrido; a no estar podrido, no soltaría aquel olor. Lo interesante del ruibarbo es su raíz; nada, salvo ella, es ruibarbo. Y menos el tronco, que denominan calama.

Después hállase Cochi. Su rey es el rajá Scribumni Pala. Y después, la Gran China. Es su rey el mayor del mundo; tiene por nombre Santoha rajá, y bajo su poder a sesenta reyes de corona, algunos de los cuales, a su vez, cuentan por súbditos a otros diez o quince monarcas. Su puerto es Guantan.

Entre las numerosísimas ciudades hay dos más populosas: Namchin y Combatu. En la segunda reside el rey. Rodéanle cuatro jercas: uno, al poniente de su palacio; otro, al levante; otro, al Sur; otro, al Norte. Ninguno de ellos otorga audiencia sino a quienes proceden de su orientación. Todos los reyes y señores de la India Mayor y la Superior obedecen a este soberano, y, como signo de su vasallaje, cada uno tiene en el centro de su plaza un animal esculpido en mármol, más gallardo que el león, y al que dicen chinga. Este chinga es el sello de dicho rey de China, y todos los que pretenden ir allí convendrá

que lleven el mencionado animal esculpido en un diente de elefante; de lo contrario, no conseguirán entrar en aquel puerto.

Cuando algún señor desobedece a tal rey, hácenlo desollar, y secan la piel al sol luego de salarla. Más tarde, la rellenan con paja u otra cosa, poniéndola con la cabeza baja y las manos juntas encima, en un lugar de la plaza bien visible, de forma que todos la observen haciendo zonghu (reverencia).

Este rey no se deja ver por nadie; y cuando él quiere ver a los suyos cruza el palacio en el interior de un pavo magistralmente construido, cosa riquísima, acompañado por seis de sus mujeres principales, vestidas como él, hasta que penetra en una serpiente que llaman nagma, rica como lo más que verse pueda, y la cual asoma sobre el patio principal del palacio. El rey y las mujeres entran ahí de prisa, para que a él no se le reconozca; ve a los suyos a través de un gran cristal que ocupa el pecho de la serpiente. Se los ve a él y a ellas, pero sin poder discernir cuál sea el soberano. El cual desposa a hermanas suyas, a fin de que la sangre real no se mezcle.

Alrededor de su palacio hay siete cercos de muralla, y en cada uno de los espacios entre cerco y cerco, diez mil hombres, que montan su guardia hasta que, cuando una campana suena, vienen otros diez mil a relevarlos. Y así día y noche.

Cada una de las siete murallas tiene una puerta. En la primera, aparece esculpido un hombre que empuña cierto arpón, o sea, satu horan con satu bagan; en la segunda, un perro (satu hain); en la tercera, un hombre con un mazo herrado; a quien dicen satu horan con pocum becin; en la cuarta, otro hombre arco en mano (satu horan con anac panan); en la quinta, un hombre con una lanza, o, como ellos, satu horan con tumach; en la sexta, un león, satu houman; en la séptima, dos elefantes blancos, esto es, dos gagia pute. En el palacio hay setenta y nueve salas, por las que sólo circulan las mujeres que sirven al rey. Hay siempre antorchas ardiendo. Un día se tarda en dar la vuelta al edificio. En lo más alto de él hay cuatro salas más, donde alguna vez suben los principales para hablar con su señor. Una está recubierta de metales, así por abajo como por arriba; otra, de plata; otra, por completo de oro; la última, de perlas y piedras preciosas. Cuando sus vasallos le entregan oro y otras riquezas como tributo, lo reparten por estas salas, diciendo: "Sirva esto para honor y gloria de nuestro rajá Santoha." Todas esas cosas, y más, de dicho rey nos las explicó un moro; él las había visto.

La gente de China es blanca y vestida. Comen sobre mesas, como nosotros, y tienen cruces, aunque no sepamos por qué las tengan.

En China se produce el musco: el animal de donde se extrae parécese en cuerpo a los gatos o las liebres, y se alimenta sólo de unos troncos dulces, delgados como el dedo, que llaman chamaru. Cuando quieren obtener el musco, aplican al gato una sanguijuela sin apartarla hasta el cabo de un tiempo: que esté bien llena de sangre. Después, la exprimen sobre un plato, poniendo la sangre al sol hasta cuatro o cinco días. Báñanla con orina, y tornan a dejarla otro tanto al sol. Así, se obtiene el musco perfecto. Todos los que poseen esa especie de animales deben tributar al rey por ellos. Aquellos pedacitos que se parecen

bastante a los granos de musco son, en realidad, menudillos de cordero majados; el verdadero musco no es sino sangre, y, aunque lo veamos en pedacitos, éstos se deshacen pronto. A ese animal y al gato llámanlos castores; a la sanguijuela, lintra. Siguiendo después la costa de esa China, hállanse muchos pueblos, que son: los chienchii, que ocupan islas en las que se producen perlas y canela; los lechii, en tierra firme. Sobre el puerto de éstos atraviesa una montaña, así que es menester desarbolar todos los juncos y naves que pretendan acogerse allí. El rey Moni, de tierra firme también, tiene bajo su dominio a otros veinte reyes, siendo él, en cambio, tributario del de China. Su ciudad se llama Baranaci; ahí está el Catay oriental.

En la isla de Han, alta y gélida, abunda el metal, plata, perlas y seda; su rey es el rajá Zotru. El de Mliianla, el rajá Chetisuqnuga. El de Gnio, el rajá Sudacali. Estos tres lugares son de tremendo frío y de tierra firme. Triaganba, Trianga son dos islas a las que vienen perlas, metal, plata y seda; su rajá, Rrom, Brassi-Bassa, en tierra firme. Después, Sumdit y Pradit, dos islas riquísimas en oro, y cuyos hombres llevan grandes aros de dicho metal en la parte baja de las piernas. Más allá de éstos, y siempre en tierra firme, pueblan las montañas tribus, en las que los hijos matan a su padre y a su madre cuando envejecen, para evitar que se fatiguen.

Todos los pueblos de esta parte son gentiles.

En las últimas horas de la noche del martes 11 de febrero de 1522, partiendo de la isla de Timor, nos adentramos en el océano -el Lant Chidol, para los de aquellas tierras-, y, con enfilar entre garbino y poniente, dejamos a mano derecha, hacia la tramontana (y por miedo al rey de Portugal), la isla Zamatra, que llamaron Taprobana en otro tiempo, Pegú, Bengala, Uriza, Chelin -en la que viven los malabares, bajo el rey de Narsingha-; Calicut, bajo el mismo rey; Cambaia... Ésta comprende a Guzerati, Cananor, Goa, Ormus y toda la otra costa de la India Mayor.

Cuya India Mayor la integran seis castas de hombres: naires, panicalos, iranaos, pangelinos, macuaos y poleaos. Los naires son la casta dominante; los panicalos, los ciudadanos (esas dos castas conversan entre sí); los iranaos recolectan el vino de palma y los higos; los pagelinos son los marineros, y los macuaos los pescadores. Los poleaos, por último, siembran y recogen el arroz; viven perennemente en el campo, sin pisar ciudad alguna..., y, cuando se les da algo, lo ponen sobre la tierra antes de recogerlo. Siguen las calles sin olvidarse de gritar: "¡Po! ¡Po! ¡Po!"; o sea, "¡Guardaos de mí!". Ocurrió, según me refirieron, que un nair fue casualmente rozado por un poleao, e inmediatamente el nair se hizo dar muerte para no seguir viviendo en deshonor. Antes de doblar el cabo de Buena Esperanza, permanecimos nueve semanas frente a él, arriadas las velas, por el viento occidental y mistral en la proa, y tempestades pavorosas; cabo que ocupa los 34 1/2 grados, y a 1.600 leguas del de Malaca. Es el mayor y más peligroso del mundo.

Algunos de entre los nuestros -así enfermos, como sanos-, querían refugiarse en una factoría portuguesa por nombre Monzambich: por la nave, que hacía mucha agua; por el intenso frío; y, especialmente, por no tener qué llevarnos a la boca, salvo agua y arroz, ya

que la carne que traíamos, por no haber dispuesto de sal, estaba enteramente putrefacta. Pero algunos de los otros, con más avaricia de su honor que de la propia vida, determinaron, vivos o muertos, encaminarse a España.

Por fin, con la ayuda de Dios, el 6 de mayo doblamos el cabo aquel manteniéndonos a unas sus cinco leguas. O nos acercábamos tanto, o no lo habríamos pasado nunca. Navegamos después al mistral, sin repostar los víveres durante dos infinitos meses. En ese plazo murieron veintiún hombres. Cuando echábamos el cadáver al mar, los cristianos se sumergían siempre con el rostro arriba; los indios, con el rostro hacia abajo. Si Dios no nos enviaba buen tiempo, íbamos todos a morir de hambre. Por fin, a impulsos de irresistible necesidad, nos aproximamos a las Islas de Cabo Verde.

El miércoles 9 de julio dimos en una de las tales, la que nominan San Jacobo, y en seguida largamos la falúa a tierra, para avituallar. Con esta invención: decir a los portugueses que se nos había roto el trinquete bajo la línea equinoccial (callándonos que fue tan cerca del cabo de Buena Esperanza), y que, mientras reparábamos, nuestro capitán general, con las otras dos naves, había regresado a España.

Reiteramos a los de la falúa que, una vez en tierra, preguntaran en qué día estábamos; dijéronles los portugueses que jueves para ellos, y se maravillaron mucho, pues para nuestras cuentas era miércoles sólo y no podían hacerse a la idea de que hubiésemos errado. Yo mismo había escrito cada día sin interrupción, por no haberme faltado la salud. Pero, como después nos fue advertido, no hubo error, sino que, habiendo efectuado el viaje todo rumbo a occidente, y regresando al lugar de partida (como hace el sol, con exactitud), nos llevaba el sol veinticuatro horas de adelanto, como claramente se ve. Habiendo regresado la falúa a tierra por más arroz, detuviéronnos a trece hombres y aquella también, porque uno de ellos, según más tarde -ya en España- supimos, contó a los portugueses que nuestro capitán había muerto, igual que otros, y que no íbamos a España.

Temiendo que enviasen carabelas a detenernos, igual, a nosotros, huimos rápidamente. El sábado 6 de septiembre de 1522, entramos en la bahía de Sanlúcar; no éramos ya más que dieciocho, la mayor parte enfermos. El resto de los sesenta que partimos de Maluco... quién murió de hambre, quién evadióse en la isla de Timor, quiénes fueron ejecutados por sus delitos.

Desde que abandonamos esta bahía hasta la jornada presente, habíamos recorrido más de 14.460 leguas, y logrado la circunvalación del mundo, de levante a poniente. El lunes 8 de septiembre, echamos el ancla junto al muelle de Sevilla y descargamos la artillería completa.

El martes, todos, en camisa y descalzos, fuimos -sosteniendo cada uno su antorcha- a visitar el lugar de Santa María de la Victoria y de Santa María de la Antigua. Partiendo de Sevilla, pasé a Valladolid, donde presenté a la sacra Majestad de Don Carlos no oro ni plata, sino cosas para obtener mucho aprecio de tamaño señor. Entre las otras, le di un libro, escrito por mi mano, con todas las cosas pasadas, día a día, en nuestro

viaje. Fuime de allá lo mejor que pude, pasando a Portugal por explicar al rey Don Juan cuanto viera. Regresando por España, vine a Francia; e hice don de algunas cosas del otro hemisferio a la madre del cristianísimo Don Francisco, madama la regente. Al cabo, regresé a esta Italia, donde me di a mí mismo -así como éstas mis pocas fatigas- al Ínclito e Ilustrísimo Señor Felipe Villers Lisleadam, dignísimo Gran Maestre de Rodas.

El Caballero Antonio Pigafetta